

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«Romanus Pontifex potest ac debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentibus villis sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede:

«El Romano Pontifex puede y debe reconciliarse y avenirse con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna.»

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 200 por trimestres en casa de los comisionados, y 10 rs. al mes y 100 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 30 rs. trimestre.—En Ultramar: 30 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 30 del presente mes, se servirán renovar oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo o certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

PARTE EXTRANJERA.

En nuestro número del viernes próximo pasado verían nuestros lectores un telegrama fechado en París el día 15, en el cual, refiriéndose al discurso pronunciado en el Senado aquel día por el señor Arzobispo de París, se decía que S. E. Ilma. había hecho una brillante apología de las leyes (artículos) orgánicas francesas.

Extractando nosotros el sábado el discurso dirigido a dicho Cuerpo por S. Ema. el Cardenal Bonnehose el día 14, terminábamos diciendo:

«Entra luego S. Ema. en combate con los famosos artículos orgánicos; pero habiéndolos dicho el telegrama que el señor Arzobispo de París ha salido a la defensa de aquellos artículos, reservamos las razones de S. Ema. el Cardenal Bonnehose para ponerlas en parangón con las que, si el telegrama ha dicho verdad, tenemos por equivocaciones de monseñor Darboy.»

Nuestra salvagedad relativa al telegrama, ha sido por demas oportuna, aun cuando nada tuviera de sorprendente, pues que al cabo de los años que hemos pasado estudiando las mañas telegráficas, hemos adquirido ya la costumbre de recordar el proverbio italiano *traduttore traditore* siempre que a las manos nos viene una noticia del telegrama, y si no dar en lo cierto, logramos muy frecuentemente con esta precaución no caer en las redes que tienden a la pobre opinión pública los manipulantes de los alambres.

San cualesquiera los vínculos que ligan con el bonapartismo a monseñor Darboy, no resistíamos a creer que S. E. I. hubiera afirmado en sitio tan público lo contrario que la Santa Sede afirma desde que plugo a Napoleón I. añadir al Concordato que celebró con la misma, aquellos artículos atentatorios a la libertad de la Iglesia de Francia. Nuestro recelo fue tan fundado, como se verá en el siguiente extracto del discurso de monseñor Darboy:

Comenzó S. E. I. manifestando que había formado el propósito de no terciar en las actuales discusiones, pero que faltaba a él, porque «la cuestión que se debatía atañe a la responsabilidad de los Obispos, y el silencio podría dar margen a suposiciones que importa atajar.»

Reconviene dulcemente S. E. Ilma. al señor Bonjean por qué en su discurso, (del cual decimos nosotros que fue sobre impio vulgar, con una vulgaridad digna de cualquier bárbaro de espíritu fuerte y versado en las novelas de Eugenio Sue) había ido en sus conclusiones anti-católicas demasiado lejos; y abordando monseñor Darboy la legalidad de los artículos orgánicos, dice:

«La ley de 18 germinal del año X, relativa a la organización de cultos, tiene cuatro partes. La primera que proclama ley del Estado un decreto del Cuerpo legislativo aprobando el Convenio celebrado entre el Papa y el Emperador Napoleón, así como los artículos orgánicos relativos al culto protestante y al católico. La segunda parte contiene el Concordato. La tercera abraza sólo los artículos orgánicos del culto católico. La cuarta, por último, comprende los artículos orgánicos del culto protestante.»

«El decreto del Cuerpo legislativo dice que el convenio celebrado en París entre el Papa y el Gobierno francés, así como los artículos orgánicos de este convenio y los del culto protestante, serán promulgados y ejecutados como leyes del reino.»

«Pero cada uno de estos actos, ó como decía Portalis, cada una de estas operaciones, se nos presenta con cierta cantidad de vida propia que importa examinar conforme a su propio ser.»

«Desde luego el Concordato tiene toda la fuerza que le da el tratado ajustado solemnemente de Potencia a Potencia.»

«Los artículos orgánicos del culto protestante tienen casi el mismo valor, porque fueron concertados por los jefes de las varias confesiones protestantes y el Gobierno.»

«Pero los artículos orgánicos del culto Católico no pueden tener igual valor, porque no fueron ajustados de Potencia a Potencia; porque no son un tratado y mucho menos una ley, sino un reglamento de policía, y el cual no puede tener mayor autoridad que la de tal reglamento de policía.»

«Y siendo esto así, ¿podía haberse pedido para él la sanción del Cuerpo legislativo? El Gobierno dice que

si, pero los representantes de la Iglesia decimos que no, porque en nuestro juicio aquellos artículos son atentatorios al régimen de la Iglesia.

«Si dicho reglamento sólo atañera a los negocios de Estado, nuestra opinión convengo en decir que sería errada; pero si se mezcla efectivamente en el régimen interior de la Iglesia, entonces necesario será otorgar amnistía a todas las resistencias y objeciones hechas contra él.»

«Es tanto mayor la libertad con que me explico en este asunto, cuanto sería mayor la presteza con que proclamaría los derechos de la autoridad civil y con la que reconocería el valor legal de los artículos orgánicos y su fuerza civil y reglamentaria si consagraran principios de necesidad mayor y de orden fundamental. En este caso digo que si no existieran, se debería hacerlos, y su cumplimiento debería exigirse si no se exigía.»

Examinando S. E. Ilma. aquellos artículos, dice:

«El 1.º somete a examen del Gobierno civil los actos que emanan de la Santa Sede. Dos son los puntos por donde debe ser examinado este artículo. Si se trata de decretos de la Santa Sede dogmáticos, de doctrina ó de moral, es necesario dejar a la potestad espiritual independencia absoluta. Pero si se trata sólo de cuestiones de disciplina, es evidente que el Papa no se opondrá al *exequatur* imperial.»

Con lo que dejamos trasladado del discurso del Sr. Darboy, creemos haber presentado lo fundamental que el Arzobispo de París expuso en esta materia, y con lo cual bastará para la demostración de la calumnia que le han levantado los telegrafistas, practicando el método de la preterición; ó lo que es igual, ajustándose en esta ocasión al refrán arriba mencionado. Sólo esto nos proponíamos hacer, y esto dejamos hecho.

Pero ya que el sábado no trasladamos las opiniones expuestas ante el Senado el día 14 por el señor Arzobispo de Rouen, respecto a la misma materia en que trató el día 15 el señor Arzobispo de París, diremos que el señor Cardenal Bonnehose se remonta al origen de las restricciones regalistas de Francia, y que con argumentos y citas históricas probó como dos y dos son cuatro, que los regalistas franceses han injuriado la piedad filial de San Luis, y que los ministros de Monarcas posteriores al Rey Santo, por hallar bases para el *exequatur*, han escamoteado, injuriado y mentido de manera muy semejante a la que han usado los repúblicos españoles, que también, en odio a la Iglesia han puesto en España fundamentos a las regalías de la Corona.

TELEGRAMAS.

LONDRES, 17.

Lord Hennesey ha propuesto una modificación contra el derecho de posesión que se ejerce por Rusia en Polonia.

PARIS, 17.

En el Senado, el Cardenal Bonnehose ataca a Bhaix d'Est Ange, que defiende la convención italiana.

La Patrie dice que el enviado español Sr. Polo, ha llegado a Londres. Lleva el tratado con el Perú y letras sobre Londres, importe de la indemnización de guerra, por valor de 15 millones de francos.

La tranquilidad se ha restablecido en Lima y Callao; los españoles tan sólo han perdido un hombre en la insurrección.

LONDRES, 17.

Lord Palmerston, contestando a Hennesey, hace constar que la Cámara ha expresado ya varias veces su opinión sobre la conducta de Rusia en Polonia, que mejor sería no tocar más esa cuestión. Lord Hennesey ha retirado su moción.

NEVA-YORK.

El presidente Lincoln dice en su mensaje: «Es muy satisfactorio el progreso de nuestras armas; esperamos que la guerra cesará muy pronto; hagamos, pues, todo género de esfuerzos para acabar la obra en que estamos comprometidos, para mantener la concordia entre nosotros, y la paz con todas las naciones extranjeras.»

PARIS, 18.

En el Senado el general Forey se ocupa de la cuestión de Méjico.

Discutidos ya todos los párrafos que abraza la contestación al discurso de la Corona, han sido aprobados por 130 votos contra 2.

El lunes a la una de la tarde una diputación del Senado llevará dicha contestación a S. M. Imperial.

Se ha leído en el Cuerpo legislativo el mensaje redactado por la comisión encargada de la contestación al discurso del Emperador. En él se aplaude la política imperial, internacional é interior, felicitándose el Cuerpo legislativo de que volverán pronto a la madre patria las fuerzas francesas existentes en Méjico, toda vez que ofrece ya este imperio condiciones de seguridad y bienestar.

Hoy se ha fijado en la Bolsa el parte siguiente de Saint-Nazaire comunicando las noticias que han llegado por la mala de Veracruz.

El mariscal Bazaine escribe con fecha 9 de Febrero que la ciudad de Oajaca ha capitulado en la noche del 8 al 9.

El general Dix y toda su guarnición se han rendido a discreción.

Cuatro mil prisioneros y sesenta cañones en perfecto estado han caído en poder de los franceses.

La Bolsa ha estado firme, pero sin negocios.

Acerca de la última embajada con que el conde de Sartes, por encargo de Bonaparte, ha ido a aumentar la corona de gloria y fortaleza que ciñe la augusta persona de Pio IX, la Patrie, diario italo-bonapartista, daba el día 17 las siguientes noticias:

«Recibimos una carta de Roma que confirma la noticia de una audiencia particular concedida por el Papa a M. de Sartes.»

Nuestro corresponsal cree saber que en esta entrevista, nuestro embajador declaró al Padre Santo que debiendo cumplirse exactamente muy pronto el tratado de 15 de Septiembre, era de desear que el Gobierno pontificio entrara en el camino de la conciliación con el Gobierno italiano, conciliación que el Emperador Napoleón había aconsejado siempre.

Después de esta entrevista, en la cual el Papa no pudo dominar cierta animación, se reunió una asamblea de Cardenales para oír la conversación tenida con M. de Sartes. Los Cardenales aprobaron la respuesta del Papa, contenida como siempre, en las palabras sacramentales *Non possumus*.

Por último, la misma correspondencia nos dice que en esta asamblea de cierto número de Cardenales, a quienes el Padre Santo acostumbraba consultar más particularmente antes de adoptar alguna grave resolución, se trató de nuevo de un convenio celebrado anteriormente con España, y cuyas cláusulas determinan que si llegara el caso de que el Papa tuviera que abandonar a Roma, encontraría un asilo en las islas Baleares.

En el número del día 17 añadia la Patrie los siguientes pormenores:

«Uno de nuestros corresponsales de Roma nos transmite nuevos datos acerca de la audiencia que, como ayer dijimos, había concedido el 4 de este mes el Padre Santo a M. de Sartes, después de una primera entrevista celebrada por nuestro embajador con el Cardenal Antonelli.»

M. de Sartes parece que se creyó en el deber de aconsejar al Papa que adoptara desde luego las precauciones que puede exigir la defensa de la Santa Sede, una vez ejecutado el convenio de 15 de Septiembre.

Nuestra nueva correspondencia afirma que el Papa recibió esta comunicación con mayor tranquilidad de la que las últimas cartas de Roma parecían atribuir a la Santa Sede.

Manteniendo su confianza en el Emperador, el Santo Padre se limitó a poner de manifiesto los gastos considerables que le ocasionaría el sostenimiento de un ejército. Además, aceptando la conversación en cuanto a la parte del convenio que tiende a hacer que sea de cargo de Italia la deuda de las provincias separadas de la Santa Sede, el Papa pareció considerar con alguna inquietud para los perturbadores de esta deuda la situación de la Hacienda italiana.

Terminó la conversación con la reserva que hizo el Papa de proveer a los medios de defensa que las circunstancias le indiquen.

Pero el *Constitutionnel*, diario bonapartista-italianista, respecto a la misma embajada, ha recibido encargo de decir lo que sigue:

«Muchos diarios han hablado de una entrevista que nuestro embajador en Roma ha tenido con el Padre Santo, hasta han referido todos los detalles de la conversación.»

No es necesario estar en el secreto de la diplomacia para saber que un embajador en el ejercicio de su cargo tiene precisión de visitar al Soberano, cerca del cual está acreditado; así pues, no tenemos para qué averiguar la exactitud del hecho de la entrevista. Pero lo que podemos afirmar es, que el embajador de Francia en Roma, no ha recibido encargo de manifestar a la Santa Sede lo que los noticieros dicen haber sabido confidencialmente, y que por consiguiente el Sumo Pontífice no ha podido contestar lo que se le atribuye.»

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 20 DE MARZO DE 1865.

Convicto y confeso.

Este reo es el parlamentarismo. Su último proceso está contenido en el largo extracto de la sesión celebrada el sábado por el Congreso, que publicamos sin merma, no con el pueril objeto de excitar en nuestros lectores impresiones fuertes, sino con el de darles la debida muestra del afectivo extremo a que puede llegar la política de una nación fundida en la turquesa parlamentaria.

Por instinto de pudor, por respeto al género humano, por deseo de ocultar los oprobios de nuestra madre patria, no habíamos querido decir lo que realmente estaba en el principio y en el fondo de todo el conflicto parlamentario, cuyos trámites expusimos prolijamente en nuestro último número. Hoy que la misma representación nacional ha hecho público lo que nosotros creíamos deber ocultar, no hay ya para que callarlo.

En el principio y en el fondo de esa agitación que ha dominado nuestras esferas oficiales durante cuarenta y ocho horas; en el principio y en el fondo de tantas idas y venidas, de tantos concilios y conciliabulos, de tantas negociacio-

nes y tratados y revocaciones de tratados; por último, en el principio y en el fondo de toda esa grave y solemne sesión de cinco horas, celebrada por los legisladores de España, había un lance de honor empeñado entre uno de esos legisladores y un ministro de la Corona.

Había eso, y no había otra cosa:—lo vamos a demostrar, colocándonos en el mismo punto de vista de los parlamentarios.

¿Cuál ha sido la ocasión de todo este estrépito? Unas cuantas frases acerbas que recíprocamente se han dirigido un ministro y un diputado. La fracción parlamentaria a que este diputado pertenece, se dió mancomunadamente por ofendida en la persona del mismo, y de resultados determinó retirarse del Congreso si no se la daba satisfacción bastante. De esta manera el conflicto personal, la cuestión privada entre el diputado y el ministro se convirtió en conflicto parlamentario y en cuestión política entre el ministerio y la oposición.

Con este carácter, y en virtud cabalmente del mismo, la oposición apoderó a varios de sus individuos para que exigiesen del ministerio la satisfacción deseada. El ministerio, en efecto, la dió pública y tan cumplidamente como que en pleno Congreso, y por medio del ministro mismo cuyas palabras habían sido ocasión del conflicto, declaró que respetaba a la oposición, que no había querido ofenderla, y que por tanto la rogaba que volviese a ocupar sus escaños en la Cámara de donde se había retirado ofendida.

Aquí, pues, quedaba terminado el conflicto parlamentario, y resuelta por consiguiente la cuestión política. Desde este momento, cesaba por tanto toda razón plausible para seguir hablando del asunto con solemnidad parlamentaria. Este momento fué el primero, cabalmente, de la sesión del sábado, pues esta comenzó, cabalmente, con la satisfacción que el ministerio, por medio cabalmente del ministro ofensor, dió a la oposición que se juzgaba ofendida.

¿Por qué, pues, a qué asunto siguió hablando del particular el Congreso?—¿De qué habló, de qué podía hablar durante las cinco horas que estuvo hablando después de la satisfacción dada por el ministerio? ¿Fue, por ventura, podía ser objeto directo del debate la cuestión concreta sobre si era ó no suficiente la satisfacción política dada por el ministerio a la ofensa política de que se quejaba la oposición?—No: porque la satisfacción dada no podía ser otra sino la que dió el ministerio. ¿Qué más ha de hacer uno de quien otro dice que le ha ofendido; qué otra cosa tiene que hacer sino asegurarle que le ha entendido mal, que no ha estado en su ánimo la intención de ofenderle?

Pues entonces ¿por qué seguía la cuestión?—¿Sobre qué punto podía versar?—No quedaba más que uno, a saber: el conflicto personal, la cuestión privada entre el ministro y el diputado.

¿De qué estuvo, pues, hablando cinco horas el sábado la Asamblea de los legisladores de España? De si se había de realizar ó no un crimen penado por las leyes de Dios y por las leyes humanas de que son autores y custodios los mismos que hablaban de eso. Es decir: estuvieron de hecho juzgando posible, y hasta legítimo y muy natural y muy justo un acto del cual no pueden legisladores hablar una sola palabra que no sea de execración.

¿Cuál es la sustancia, el sentido íntimo de la mayor parte de los discursos pronunciados en esa sesión? Héla aquí:

El Sr. Castro: «Señores, yo sostengo que no he querido ofender a la minoría, y en este punto me atengo a lo que han convenido los apoderados de esa minoría y mis colegas de ministerio. Pero, además, tengo pendiente una cuestión personal con un diputado, y no quiero renunciar a que nos rompamos la cabeza en un lance de honor.»

El Sr. Ríos y Rosas: «El ministerio tiene la culpa de que no se haya orillado este asunto, por no haber cumplido el convenio que al efecto hizo con los apoderados de la oposición. Y si ahora el ministro y el diputado se rompen uno a otro la cabeza en un lance de honor, conste que nosotros no tenemos la culpa.»

El ministerio: «Señores: nosotros bien hubiéramos querido que el asunto se hubiera arreglado del todo según convinimos con los apoderados de la oposición. Pero, ¿qué le hemos de remediar si nuestro compañero el Sr. Castro se empeña en que se ha de romper la cabeza con el Sr. Ardanaz en un lance de honor?»

El conde de San Luis, representando la voz y el voto de la mayoría y del ministerio: «Señores: el Sr. Castro ha obrado como debía para que nadie pueda pensar que rehusa lances de honor. Y esto hay que respetarlo, porque la honra es cosa muy delicada; y aunque nosotros debemos hacer lo posible porque el Sr. Castro y el Sr. Ardanaz no se rompan la cabeza, ¿qué

le hemos de hacer si se empeñan en ello? Lo que otras veces hemos hecho todos nosotros: lo que es moneda corriente en todos los países del mundo...»

El Sr. Ríos y Rosas: «Convengo en que la cuestión personal es aquí distinta de la cuestión política; y aunque hubiera sido muy bueno resolver a un mismo tiempo las dos, yo convengo en que la cuestión personal es asunto para arreglado como los interesados lo tengan por conveniente.»

El Sr. Alonso Martínez: «Señores: la verdad es que aquí está resuelta la cuestión política: no queda otra sino la personal, y esta debe arreglarse fuera de este sitio, dentro de las leyes del país.»

Al llegar aquí, nuestros amigos los señores Nocedal y Aparisi hicieron, acerca de la cuestión en sí misma y del modo de tratarla, nobles protestas que consignamos en artículo aparte.

La discusión siguió toda sin que de los labios de un ministro saliera una palabra que significara: «Reprobamos los lances de honor por anticristianos y anti-legales.»

La escena terminó con unas cuantas frases pronunciadas por los dos héroes de la fiesta, el diputado y el ministro; frases cuyo sentido claro era: «Con toda la humildad que nos lo permite nuestro amor propio, declaramos que no hemos querido ofendernos, y por consiguiente renunciamos a rompernos la cabeza en un lance de honor.»

Suma total. Desentrañado el espíritu, y aun el tema positivo de la sesión del sábado, los legisladores y el Gobierno de España estuvieron en junta de padrinos discutiendo los antecedentes, concomitancias y subsecuencias de un lance de honor, empeñado entre un legislador de España y un individuo del ministerio que hoy es Gobierno de España.

El arreglo del lance duró cinco horas, y felizmente se terminó dándose explicaciones los agraviados como buenos caballeros.

La moraleja que de esto sale, no hay para que la saquemos nosotros. Sale ella por sí misma.

En la sesión de anteyar quedó terminado en el Congreso el desagradable incidente entre los Sres. Castro y Ardanaz. Y ¡cosa singular! fué terminado un incidente parlamentario, por los medios y con las fórmulas propuestas por nuestro querido y anti-parlamentario amigo el señor Nocedal. Si sus consejos en lo relativo a la gobernación de España fueran atendidos, como lo fueron anteyar en lo concerniente al conflicto susodicho, otro gallo nos cantaría. Pero no será extraño que así como le oyeron dóciles, porque se veían agua al cuello, en el tal incidente, le oigan en todo con igual docilidad cuando en todo lleguen a verse agua al cuello, que bien podría ser desgraciadamente; pero también podría suceder que fuese tarde.

Mas por lo que principalmente nos hacemos cargo de las palabras del Sr. Nocedal, y lo felicitamos, es porque dijo que si el suceso que ocupaba al Congreso se resolvía fuera de su recinto y de un modo contrario a las leyes que rigen en el país, previsto en el Código penal, exigirla la responsabilidad al Gobierno, y principalmente a los señores ministros de Gracia y Justicia y de Gobernación; porque no se podía tolerar el escándalo de que a vista, ciencia, y paciencia del Gobierno y de las autoridades, y en el caso presente, siendo reo un ministro y cómplices los demás, se infringieran las leyes del reino.

Justo es decir que el Congreso aplaudió las enérgicas palabras de nuestro amigo, y que acogió, y el señor presidente puso por obra los medios reglamentarios que proponía para acabar la cuestión.

Decía el Sr. Ríos y Rosas, según refiere el *Diario de las Sesiones*: «¿En qué consiste que el Sr. Nocedal, que ocupa en esta Cámara una posición especialísima, que el Sr. Nocedal que no es oposición, que el Sr. Nocedal que no es ministerial, que el Sr. Nocedal que está fuera de la órbita de las pasiones y de los intereses que aquí nos agitan en este momento, ha propuesto una determinada solución? ¿Es que el Sr. Nocedal se complace en pedir una cosa gratuita, no necesaria, no oportuna, que no está exigida por las circunstancias? Pues yo digo que el Sr. Nocedal ha planteado la cuestión, no sólo en el terreno de la verdad y de la buena fe, sino en el estricto terreno del reglamento.»

Y nosotros a nuestra vez decimos: «¿En qué consiste que el Sr. Nocedal acertó a plantear la cuestión en el terreno del reglamento, de la verdad y de la buena fe? ¿Consiste en la posición especialísima que ocupa? ¿Consiste en que no es ministerial ni oposición? ¿Consiste en que no se agita en la órbita de las pasiones y de los

intereses que diariamente se agitan en el Congreso? No: consiste en que él, así bien como el Sr. Aparisi, como el Sr. Bertran de Lís, como el Sr. Herreros, como el Sr. García Gutiérrez, no van allí a hacer ni a derribar ministerios, sino a procurar en lo posible la felicidad de la patria con sus palabras desahogadas, con sus votos desinteresados.

Que hagan todos lo propio, y todos serán imparciales; que todos dejen de agitarse en una órbita de pasiones y de intereses, como dijo el Sr. Ríos y Rosas, y desparecerá el charco, que según una feliz expresión del Sr. Nocedal en su anterior discurso, hay que atravesar de puntillas para no mancharse con espumarajos de cólera.

Habló también el Sr. Aparisi, y también por de contado para conciliar los ánimos, apoyando con su palabra, siempre fácil y elegante, las soluciones propuestas por su digno amigo.

Excusado es decir que nos alegramos de todas veras de la terminación del incidente. ¿Pero será el último? Eso deseamos; pero no lo esperamos. Las prácticas parlamentarias, que son a la Constitución lo que el liberalismo a la libertad, han de hacer cada día mayor el charco, hasta que sea tan grande que todo quede anegado.

Leemos con sorpresa en el *Courrier de Bayonne*:

«M. A. Castro, natural de Saint Exprít, ministro del culto israelita en Burdeos, ha recibido recientemente de S. M. la Reina Isabel la condecoración de la Real Orden de Carlos III.»

Desearíamos saber qué virtudes ó méritos reúne el rabino de Bayona, para haber obtenido del Gobierno de S. M. católica las insignias de la Orden de la Inmaculada Concepción.

También desearíamos que por la secretaría de las Reales órdenes de Carlos III é Isabel la Católica se nos dijese si, como es de suponer, se ha expedido por el reverendo señor Patriarca de las Indias, gran canciller, ministro principal de la Orden, la comisión para que el rabino sea cruzado con arreglo á los estatutos, y si en caso afirmativo, el caballero rabino ha jurado «defender hasta derramar la última gota de su sangre» el dogma de la Concepción Inmaculada de María Santísima, Madre de Nuestro Divino Redentor.

Reseñando el corresponsal madrileño del *Irrac-bat* las diferentes fases que iba presentando la cuestión Castro-Ardanaz, dice entre otras cosas lo siguiente:

«También se dice que representantes de los partidos progresista y democrata, se han acercado á las oposiciones, ofreciéndolas su adhesión y concurso para lo que sea necesario para salvar el prestigio del Parlamento, que considerau comprometido, si la cuestión Castro no tiene una solución digna para el Congreso.»

La noticia á primera vista puede sorprender á cualquiera que no conozca el espíritu de los partidos políticos liberales, y que no profundice los móviles íntimos de la conducta de todos y cada uno de ellos. Nosotros, aun cuando no tenemos conocimiento de ella, no podemos menos de inclinarnos á darla asenso en vista de la exaltación que ha producido en progresistas y democratas la manera de terminarse el consabido incidente. Para que nuestros lectores juzguen por sí mismos, vamos á trasladar algunos párrafos de esas comunicaciones.

De La Iberia:
«La Unión liberal ha retrocedido: amenazó con retirarse del Congreso; pero ante la posibilidad de una inmediata disolución de Cortes ha calado sus ímpetus de furiosa é intransigente indignación, prestando á las satisfacciones... muy satisfactorias para todos, se entiende.

En cuestiones de cierta índole, la palabra «todos» suele significar «ninguno.»

De Las Novedades:
«A nadie ha sorprendido el desenlace de la cuestión de ayer. Cuando se hablaba tanto de la retirada de los unionistas del Parlamento, la mayoría de las gentes decían: «No puede ser: los unionistas no tienen energía para hacer eso.»

«La prensa unionista comprende que sus amigos han quedado peor que estaban; que les ha faltado energía para llevar á cabo su propósito. Algunos diarios vicaristas revelan bien claramente su disgusto. ¿Qué hemos de decir nosotros cuando los mismos interesados reconocen la situación ridícula en que han quedado?»

De La Democracia:
«Allí se acabó todo. Los que se presentaban una hora antes como dueños de la situación, se convirtieron una hora después en comparsas del ministerio. Esa minoría ha abdicado, esa minoría se ha perdido. Y no ha logrado nada, porque la alagadiza cohorte del Sr. González Brabo, indisciplina, vocinglera, apasionada, producirá mañana un conflicto. Lo cierto es que se han quebrantado mayoría, minoría y ministerio.»

De La Discusión:
«Y á todos faltaba energía. Y á todos les faltó valor, porque el valor verdadero de los hombres públicos es para tales casos.»

Este lenguaje revela claramente el disgusto que ha ocasionado á democratas y progresistas la falta de valor de los unionistas y confirma el rumor de que da cuenta el corresponsal del *Irrac-bat*.

Si aun se quiere una muestra más evidente de despecho, no hay más que pasar la vista por el siguiente párrafo de *La Iberia*:

«Menos aún puede llevarnos á tomar parte en la cuestión la idea del decoro del Congreso, que por todos ha sido abandonada. Este es un Congreso que

nosotros rechazamos antes de que naciese. Es un Congreso que anuncia no producirá más que escándalos. En otro Congreso anatematizaríamos el tono del Sr. Castro, y nos parecería poco propio el tumulto de la minoría; en otro Congreso nos parecería que escenas de este género desprestigiarían el sistema representativo; pero con estas Cortes, todo eso y mucho más puede pasar.

Esto, para los demás Congresos, no sienta precedente; como se trata á estos diputados, no puede probar cómo deba tratarse á los demás; la conducta de la minoría, nada prueba para las demás minorías. El desprestigio de este Congreso no puede ser el del sistema parlamentario, sino el de los partidos que en él están representados. Cuanto mayores sean los escándalos que en este Congreso se den, mayor será su contraste con nuestros Congresos, y mayor el prestigio de los partidos que hemos adoptado la política de retraimiento.»

¿Qué de cosas no tendrían que decir los liberales si los neos nos hubiéramos atrevido á decir cosa parecida de uno de los Cuerpos colegisladores de la nación!

Como complemento de cuanto en este número y en el anterior llevamos referido acerca del último incidente del Congreso, de los trámites que tal asunto ha seguido y de su término por ahora, trasladamos á continuación unas cuantas noticias que encontramos en *La Correspondencia*:

«Ayer se ha dicho que los diputados de la Unión liberal que tienen presentadas enmiendas al proyecto de negociación de billetes hipotecarios, piensan retirarse para no tomar parte en este debate. El rumor de que acabamos de hacer mérito, necesita confirmación, porque ese paso parecería indicar que algunos individuos de la minoría persisten en la idea que ya se enunció antes de la reconciliación de no discutir los asuntos de Hacienda.»

«Dícese, no sabemos con qué fundamento, que cuando el presidente del Congreso a udio al feliz recurso de llamar al Sr. Ardanaz al salón de sesiones, estaba ya sobre la mesa una proposición de la mayoría para que se pasara á otro asunto.»

«Los diputados de la Unión liberal obraron ayer todo el día de acuerdo con su jefe el señor duque de Tetuan. Ayer es público y repetido por todos que la opinión del general O'Donnell se inclinaba á que si las oposiciones no obtenían una satisfacción del Gobierno, debían abstenerse de concurrir á las sesiones hasta que esta satisfacción se consiguiera. A esto aludía el Sr. Ríos y Rosas cuando anunciaba consecuencias dolorosas y extremas.»

«La parte más joven y ardiente de la Unión liberal no ha quedado satisfecha, y sus periódicos claramente lo revelan, del resultado que ha tenido la grave cuestión sometida anteayer al Congreso; pero los hombres de su partido de ideas más templadas y más avezadas á los asuntos políticos, hacen observar que después de las completas y espontáneas explicaciones dadas por el señor ministro de Hacienda, y de haber declarado este que comprendía en ellas á todos los hombres de la Unión liberal, haber resuelto el retraimiento era colocarse ante el país en una posición injustificada y autorizar cualquier medida extrema que hubiera podido adoptarse contra la oposición.»

Leemos en La Correspondencia:

«En Barcelona se están recogiendo firmas para una felicitación que se trata de dirigir á la mayoría del Consejo de Estado por su dictamen sobre la última Enciclopedia de Su Santidad.»

La mayoría del Consejo de Estado, á quien se dirige esta felicitación, opinó que el Gobierno de S. M. la Reina católica debía negar el pase á ciertas cláusulas de la doctrina enseñada al orbe católico por el Maestro ecuménico de la doctrina.

Sabido esto, ya no se extrañará que nosotros extrañemos mucho el que en cabeza de los firmantes de esa exposición de Barcelona no figuren los redactores del *Almanaque democrático*.

Anteayer se anunció que en la redacción de *La Discusión* se reunirían ayer algunos representantes de las dos fracciones del partido democrático para acordar un modo de conciliar las diferencias que entre ellos existen. Algun diario de noticias llegó á asegurar que la reunión se había verificado, y aun á indicar el resultado que se decía obtenido en ella; pero, según parece, la reunión no pudo verificarse por no haber obtenido autorización después de dar el competente aviso á la autoridad.

De esta manera la autoridad ha hecho el papel de mediadora entre *socialistas é individualistas*, porque si la reunión tenía por objeto ponerse de acuerdo en vista del manifiesto publicado por *La Democracia*, sabido que en él se sancionaba la unión de progresistas y democratas, y visto que una de las altas partes contratantes por medio de su órgano *La Discusión*, anatematiza constantemente aun hoy mismo la tal unión, fácil era prever cuál sería el resultado probable de aquel fraternal ayuntamiento.

Los periódicos de París nos traen ya el contenido del primer telegrama de Southampton relativo á los últimos sucesos del Perú. Dice así:

«SOUTHAMPTON, 16 de Marzo.

La publicación del tratado celebrado con España había causado muy mala impresión en las poblaciones del Perú, y reanimado en ellas los antiguos odios contra España.

Habiendo desembarcado el 5 en el Callao un destacamento de oficiales y soldados de la escuadra española, fueron estos objeto de malos tratamientos en las calles de aquella ciudad.

Los oficiales se dirigieron, no obstante, por el ferrocarril á Lima, donde la agitación tomó proporciones formidables. Las tropas dispararon contra el pueblo y hubo muchos muertos y heridos.

Callao y Lima han permanecido durante tres días en estado de sitio.

Después se ha descubierto una conspiración que tenía por objeto hacer una revolución y derribar al Gobierno actual. Han sido presos el antiguo presidente Castilla y otras personas influyentes.

Dícese que el almirante Pareja pedirá una fuerte indemnización por los ultrajes hechos á sus nacionales.»

Despachos posteriores han variado no poco estas noticias: el correo habrá llegado hoy, y con los pormenores que de podremos apreciar el verdadero carácter de estos sucesos.

El sábado llegó á Cádiz el correo de la Habana, que ha venido con cerca de dos días de retraso.

Por él se tienen noticias de Santo Domingo, llegadas á Santiago de Cuba el 23 de Febrero por un vapor procedente de Monte-Cristi.

Ellas confirman en parte lo que se había dicho respecto á una contra-revolución operada en la Antigua Española en favor de la metrópoli.

El jefe del movimiento ha sido, como se había indicado, un hijo del difunto general Salcedo.

El grito de «Unión á España», dado en Santiago de los Caballeros, había encontrado eco en varios puntos, y unidos los que lo habían dado, derrotaron á los insurrectos y prendieron á varios individuos de los que componían el llamado *gobierno provisional*.

La Gaceta de Santo Domingo, cuyos últimos números llegados á la Habana alcanzan sólo al 16 de Febrero, nada dicen, como es natural, de un suceso que se realizó con fecha posterior á su publicación.

Esperamos recibir el correo para ver si amplía en algo estas noticias que ha adelantado el telegrama desde Cádiz, y entretanto rogaríamos al Gobierno que con una sinceridad que sería síntoma de que en la resolución que ha propuesto á este asunto no le guía otro móvil que el mejor servicio de la patria, se sirviese hacer públicas cuantos pormenores lleguen á su poder de un hecho tan grave.

La sagrada Congregación del Índice ha condenado por su último decreto, las obras siguientes:

L'Empire et le clergé mexicain, por el Abate Testory, Capellan del ejército francés en Méjico;

Les Musées d'Italie et Dissertations sur la peinture moderne, por Viardot;

La Guerre et les armées permanentes, por Larroque, antiguo director de la Academia de Lyon;

Historia eclesiástica del cisma de Oriente y Occidente (en latín), por Picler;

El último Papa (en italiano), por Luis Gualterio;

Reflexiones sobre la cuestión de los Capellanes del Clero palatino de Nápoles (en italiano).

Para hoy está citado el Senado con objeto de comenzar la discusión sobre arreglo de tribunales.

El sábado por la tarde volvió á reunirse en el Senado la comisión que entiende en el proyecto de ley de imprenta. Según noticias, la comisión aprobó en principio los títulos primero y segundo de la ley, haciendo sin embargo algunas salvedades; entre otras la de que continúen los actuales fiscales de imprenta, ó cuando no, que el juez que denuncie el delito no sea el mismo que lo juzgue, porque entonces sería mostrarse juez y parte á un tiempo; igualmente se ha hecho una aclaración respecto á la edad del autor del delito, circunstancias que olvidaba el proyecto, y que señalan nuestros códigos. La comisión había acordado reunirse hoy, pero á causa de hallarse indisputado uno de sus individuos, y de haber hoy sesión pública, se ha diferido la reunión hasta el jueves próximo.

Los comandantes y cabos de la mayoría debieron juntarse ayer en el cuarto de banderas que se les tiene designado en el ministerio de la Gobernación para tratar de asuntos del servicio; pero habiendo excusado su asistencia algunos de aquellos por llamarse Pepes, se retiraron los puntuales sin tomar acuerdo.

Ya ha debido llegar á esta corte el Sr. Polo, enviado por el general Pareja con las letras de la indemnización de guerra dadas por el Gobierno del Perú y aceptadas en Londres.

Con referencia á los amigos de la Unión liberal se dice que el Sr. Rancés, ministro plenipotenciario de España en Berlín, ha enviado al señor ministro de Estado su dimisión.

El licenciado D. Nicolás Rivero ha presentado nuevo escrito de apelación en nombre del Sr. Castelar, solicitando que aquella le sea admitida en ambos efectos. Esta nueva apelación ha sido interpuesta en vista de la última providencia dictada por el juzgado de Buenavista en la causa que se sigue al periódico *La Democracia* por el artículo titulado *El Rasgo*.

El Sr. Salamanca y D. Manuel de la Concha se han marchado juntos á pasar unos días en una posesión de campo del primero.

El objeto que se proponen, dicen, no es otro que convalecer de los males que á ambos los han aquejado en estos últimos días.

Si es así, celebraremos que lo consigan.

En el vapor llegado de las Antillas á Cádiz, ha venido un comisionado de la confederación, encargado de pasar á París á pedir al Gobierno francés el reconocimiento de los Estados del Sur.

ULTIMA HORA.

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 20.

El Emperador ha recibido en audiencia solemne á D. Cándido Juanico, el cual ha presentado á S. M. las cartas que acreditan su cualidad de ministro del Uruguay.

México, 11 de Febrero.

El Emperador Maximiliano, deseario de completar la reorganización de todos los servicios del Estado, ha renunciado momentáneamente á su viaje á las provincias de Vera-Cruz y de Yucatán.

Mister Scarlett, ministro de Inglaterra, ha llegado, y el día 8 ha sido recibido en audiencia solemne. Los discursos pronunciados en es-

ta ocasión, están llenos de cordialidad y cortesía.

TRIESTE, 19.

No han llegado aún á buen término los proyectos relativos á un nuevo empréstito, que Foad-Pachá ha intentado realizar en el extranjero.

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:
Títulos del 3 por 100 consolidado 46-90 publ.
Títulos del 3 por 100 diferido 41-10 publicado
Deuda amortizable de primera clase 00-00 no publ.
Deuda del personal, 21-65 no publicado.
Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles, 80-50 publicado.
Acciones del Banco de España, 140 no pub.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SR. ALVAREZ.

Sesión celebrada el día 18 de Marzo de 1865.

Abierta á las dos y media, se leyó el acta de la anterior, y fué aprobada.

Se leyeron y quedaron sobre la mesa tres comunicaciones del Gobierno remitiendo los datos reclamados por el Sr. Elduayen, sobre subastas para construcción de carreteras de primero, segundo y tercer orden en las épocas desde 1.º de Marzo de 1863 á igual día de 1864, y desde 15 de Setiembre de este último año á 1.º de Enero del corriente. Lista de los nombramientos, separaciones y traslaciones de los empleados del ministerio de la Gobernación desde la convocatoria á Cortes hasta el 15 del mes actual. Y el expediente de la carretera de Loja á Iznajar.

ÓRDEN DEL DÍA.

El señor ministro de HACIENDA: Señores diputados, las palabras que voy á tener el honor de dirigiros os las hubiera dirigido con mucha elocuencia el digno presidente del Consejo de ministros. Yo, sin embargo, le he pedido, le he suplicado, le he rogado encarecidamente y en cuanto lo permite el respeto que le tengo y que merece, ser yo el que tenga el honor de dirigirlas al Congreso.

Altos deberes de gobierno, altísimas obligaciones de gobierno me exigen á mí el reclamar esta prioridad; y además habia otra razón tal vez más poderosa que esta, y era que yo parecía ser la causa original de que estas palabras se pronunciasen.

Voy á pronunciarlas breves, concisas y claramente.

Parece, señores diputados, que una parte de la Cámara ha creído ver en las últimas palabras que yo he pronunciado aquí en la sesión de antes de ayer algo ofensivo; y soy yo quien las he pronunciado, el que tengo el deber, que cumplo con mucho gusto, bajo el punto de vista del Gobierno, como diputado, como particular, como caballero y de todas maneras, el apresurarme á declarar terminantemente que ni en poco, ni en mucho ni en nada ha sido mi intención lastimar á ninguno de esos señores, ni á ninguna fracción del Congreso.

Aquí ha habido, señores, una cosa exclusivamente personal, pura y simplemente personal, de la cual, ni puede nadie, ni debe nadie, ni tiene para qué hacerse cargo de ella una colectividad que se llama oposición, que forma parte de este Congreso, ni tiene, ni puede, ni debe, ni tiene para qué hacerse cargo de ella, ni tomarla en cuenta la colectividad del Gobierno. Ni cuando en España han pasado algunos de estos sucesos, ni fuera de España, ni en parte alguna, se ha podido hacer de una cuestión puramente personal, una cuestión que se dirija á parte ninguna del Congreso ni á fracción determinada.

Pero si se pudiese crear, señores diputados, si por un error, si por mala inteligencia, si por falta de exactitud en mis palabras se pudiese creer, yo tengo el deber, y vuelvo á repetir con mucho gusto mío, de declarar que han sido interpretadas mal mis palabras; que no ha sido mi intención, que no ha sido mi ánimo de ofender en poco ni en mucho colectividad ninguna, ni hacerme cargo de colectividad ninguna, en las palabras que pronuncié.

Desearia que sobre esto no quedase duda alguna, absolutamente ninguna, y voy á demostrar que no puede tampoco haber en algunas individualidades, y que si hay alguna cuestión que pueda afectar á alguien, y en la cual sea yo el que se crea ofendido, esta no es de la competencia de la Cámara.

Voy á dar una prueba más en ese terreno. En la última sesión dos diputados, ó por mejor decir tres, uno de ellos mi querido amigo el Sr. Ulloa, que se creyó lastimado de algunas palabras mías, con la conciencia de hombre honrado me levanté y le dije que no había sido mi ánimo ofenderle. Me he levantado á satisfacerle de tal manera, que no sólo quedó satisfecho S. S., sino que de rechazo lo quedaron tambien otros dos señores, que habían pedido la palabra para alusiones personales.

Hay otra persona que me apresuro á decir que no tenía ni el más ligero motivo, porque es incapaz de pretextos para creerse ofendida con mis palabras, y esa persona es mi querido amigo el Sr. D. Pedro Salaverria. Y en cuanto á D. Pedro Salaverria, yo no quiero decir lo que me ha dicho que S. S. suponía llevaban envuelto mis palabras; yo no lo quiero decir, porque como son cosas que nadie las piensa, difícilmente podía pensarlas yo. Pero pensase lo que quisiera, yo tengo la satisfacción de declarar, que ni ahora ni nunca, en ninguna ocasión, cometería yo la injuria que llevaria envuelta en sí la calumnia de poner en duda, ni por un momento, la probidad, la honradez y la inteligencia del Sr. Salaverria.

Quede, pues, establecido, señores diputados, que si hay en las palabras del señor ministro de Hacienda alguna interpretación que pueda salir de los estrechos límites de una persona, es, en mi juicio, antes injusta, y después de esta explicación, injustísima, y que no hay más que una explicación entre dos personas y entre dos caballeros. Creo que he dicho lo bastante; pero si es necesario, diré más en este mismo terreno y en este mismo sitio.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Me levanto, señores, á cumplir un deber difícil y penoso, ocupándome del suceso ocurrido aquí en la noche de anteayer.

Escenas como aquella, señores, ocurren en todos los cuerpos deliberantes, y de resultados de ellas se consideran heridos el honor de una persona, de una fracción, de la Cámara entera; pero cuando esto sucede, es debar de todos, y principalmente de los Gobiernos, ocurrir á subsanar el daño, á restañar la sangre, á remediar el mal; el deber, estrechísimo para todos, es un deber de orden superior para el Gobierno.

En el régimen parlamentario los Gobiernos son, en

presencia de la Corona, los representantes de la dignidad, de la autoridad, de todos los derechos é intereses de las Cámaras; en presencia de estas, los representantes de la dignidad, de la autoridad, de los derechos y los intereses de la Corona; son los mediadores ante la Corona y las Cámaras, los legítimos depositarios de las prerrogativas de una y otras; son los depositarios del honor de las Cámaras, que es el honor del país.

Es la primera vez, señores, que os hablo, y por este reclamo vuestra indulgencia y espero que me la dispensareis.

Cuando ocurren, señores, estos conflictos, el Gobierno debe intervenir en ellos: á consecuencia del ocurrido anteayer noche, fui interpelado por mis amigos particulares para que cooperase al arreglo de esta cuestión, y he convenido en ello, avocándome con el Gobierno, en compañía de otros varios señores, con objeto de dar á este conflicto la solución más conveniente: hemos deliberado con el Gobierno de S. M. tres horas, y le hemos abandonado la iniciativa de toda solución. El Gobierno propuso una y fué aceptada por nosotros haciendo ligerísimas variaciones en algun detalle, quedando definitivamente convenida y ajustada para realizarla dos horas después.

Esta resolución irrevocable la pusimos nosotros en conocimiento de las fracciones que nos habían apoderado; pero poco antes de llegar el caso de ejecutarla, se nos informó de que el Gobierno había variado de opinión, colocándonos en una posición difícil, irresoluble, puesto que el acuerdo aceptado lo había visto ya el país por medio de los periódicos semi-oficiales. El tiempo apremiaba, y no pudiendo otra cosa, reunimos á las personas que nos habían dado sus poderes y las expusimos lo que pasaba. A consecuencia de esto se determinó que no se debía hacer innovación ninguna en lo aceptado por el Gobierno. Así se manifestó á los señores ministros, y, sin embargo, insistieron en su último propósito, después del cual nosotros no teníamos que hacer más que lo que hacemos en este momento: exponer al país nuestra conducta, y descargar nuestra responsabilidad de las consecuencias más ó menos graves que pueda tener la cuestión.

La dignidad de un individuo, de una fracción, es la dignidad de la Cámara entera, y cuando queda dudosa, no hay que extrañar que se refugie en las resoluciones más extremas. Yo no prejuzgo nada; pero debo decir, que cualquier solución que pudiera adoptarse, excluida toda analogía, toda identidad con resoluciones parecidas, porque esta dependerá de circunstancias, de la conducta del Gobierno y de la prudencia de todos.

He desempeñado mi tarea, y sólo me queda suplicar á todos los individuos que por el mucho tiempo que llevan asistiendo al Parlamento tienen autoridad para intervenir en estas cuestiones, que aconsejen á todos lo que deban hacer. Yo lo hago, pues, y apelo al Gobierno, á la mayoría y á todos, para que manifesteen lo que entiendan acerca de mi conducta y la de mis compañeros.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, no puede haber una cuestión que repugne más á los sentimientos de mi carácter que la cuestión presente, y empiezo por rechazar la responsabilidad que el Sr. Ríos Rosas ha querido echar sobre el Gobierno de las consecuencias que pueda traer. El señor Ríos Rosas al hacer esto es injusto, porque todos saben lo que yo he hecho por la paz, por la tranquilidad, por el honor de la Cámara y de los individuos que se sentaban en frente. Yo, que he estado casi haciendo la causa contraria á la del ministerio, ¿podía esperar estas imputaciones?

Después de todos los pasos que habíamos dado, y sin advertirnos, se nos sorprende desde esos bancos haciéndonos responsables de lo que puede ocurrir. Pero ¿qué puede ocurrir? Nada, porque todos pondrán la mano en su pecho y harán su deber vendiéndose á sí mismos, para lo cual se necesita el valor más grande de este mundo.

¿Cómo ha de ser responsable el Gobierno, si no pudo tomar la palabra después de aquel suceso? ¿No trató yo de que hubiera aquella misma noche una sesión secreta para haber zanjado el asunto?

Es verdad que se ha nombrado esa comisión por los señores de la minoría; pero el Gobierno lo que había propuesto era una comisión de tres individuos de la minoría que se entendiesen con otros tantos de la mayoría; no se hizo así, y la comisión vino á conferenciar con el ministerio.

Nosotros tuvimos mucho gusto en ello y yo tomé la iniciativa; pero lo mismo hubiera podido tomarla cualquiera: mi propuesta se aceptó; pero yo no puedo creer que se aceptara definitivamente, porque si en la discusión se dijo que tal vez la minoría no aceptase tal ó cual extremo. Lo mismo sucedió al Gobierno, que no había tratado con el señor ministro de Hacienda. Los señores de la comisión se retiraron, y nosotros nos avistamos con el señor ministro de Hacienda, quien convino en todo lo sustancial que habíamos acordado, diferenciándose sólo en un pequeño detalle; no para que no se arreglara la cuestión, sino para que se arreglara de otra manera. ¿Es conveniente, pues, provocar una resolución del modo que ahora se hace? Yo pongo por juez á todo el mundo. El señor ministro de Hacienda se prestaba á dar explicaciones, y si hubiera estado presente la minoría las hubiese dado más extensas aún, exigiendo sólo que fuera él quien las diera primero; esto no basta á justificar la ausencia de la minoría de estos bancos.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: El señor presidente del Consejo me dirige una inculpación por haberle sorprendido con mis palabras en este sitio. Yo debo manifestar que cuando manifestamos al Gobierno que nuestros poderes no admitían la innovación que había adoptado sin tener libertad para ello, quedaron rotas las negociaciones, y por consiguiente, no podíamos ya acercarnos al Gobierno para hacer ninguna nueva insinuación, porque si los Gobiernos tienen su dignidad, tambien la tienen los diputados de la nación. ¿Acaso el Gobierno hubiera obrado de otra manera en nuestra situación? (El señor ministro de la Gobernación: Si.) Pues entonces, ¿por qué no lo ha hecho? La misma superioridad del Gobierno sobre una fracción le obligaba más á tomar una iniciativa conciliadora. Cívico, pues, en acusación el cargo que el señor ministro de la Gobernación me ha dirigido.

En cuanto al fondo de la cuestión, es indudable que sobre ella se verificó un pacto solemne y que ha sido violado por una de las partes; y por consiguiente, que de esta es la responsabilidad que pueda ocurrir, porque en las cuestiones de dignidad, lo principal es la forma, y yo no creo que la dignidad de uno de os señores ministros pudiera considerarse lastimada

por la resolución que hubieran tomado sus compañeros, al paso que la dignidad de la minoría no podía menos de afectarse por una solución tomada sin su acuerdo y sin su conocimiento.

En cuanto á que no teníamos plenos poderes de la minoría, S. S. está en un error: los teníamos, y no podía ser de otro modo, porque no podíamos nosotros aceptar una misión limitada.

No quiero entrar en otras consideraciones, porque estas son muy delicadas.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, esta cuestión es indudablemente desagradable, pero no tiene la importancia que se le quiere dar.

En cuanto á hallarse rotas las negociaciones, yo creo que no lo estaban, y hasta me parece recordar que el señor marqués de la Vega de Armijo, al retirarse, me dijo que desearía que se esperase ántes de tomar resolución ninguna.

Respecto á esas otras consideraciones á que alude S. S., y que yo no sé cuáles son, debo decir que el Gobierno tendrá toda la prudencia necesaria para que no tema que de cualquier discusión pueda resultarle compromiso alguno.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Sólo tengo que decir que la resolución convenida era tan irrevocable, que para variarla fué preciso que se nos enviase á decir, por una persona que ocupa una alta posición en la Cámara, que viniésemos aquí á ser sabedores de la innovación hecha en ella.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: El señor presidente del Consejo ha entendido mal las palabras que yo le dije al separarnos anoche, porque después de haber manifestado nuestros amigos que era necesario mantener el acuerdo primitivo, le dije que consideraba imposible que variasen de opinión, porque ni siquiera habíamos querido oír la nueva solución que se pretendía dar al asunto.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores, en cuantas ocasiones semejantes á la presente he tomado la palabra, he sentido gran dificultad, pero esta es hoy mayor porque no me encuentro como entonces, en bancos donde toda la responsabilidad de mis palabras era mía sola; hoy tengo que ser más prudente, más mesurado, no me debo dejar llevar de ningún calor, y espero que podré conseguirlo, tratando la cuestión como cuestión de buena fe, como un hombre honrado, empezando por extrañar que se recuerden los deberes del Gobierno, cuando estos no se han dejado de practicar nunca.

¿Qué es lo que pasa aquí? Un señor ministro ha dicho unas palabras con las cuales se ha creído ofendida una fracción de la Cámara; pero desde el primer momento, el Gobierno de S. M. ha tomado la iniciativa para terminar la cuestión, y ha dado hoy, por boca del señor ministro de Hacienda, explicaciones que no dejan duda de que no ha habido intención ninguna de ofender á esa colectividad. ¿Puede quererse más?

Se dice que la dignidad de un diputado es la dignidad del Congreso, y esto es cierto, pero sólo en cierta medida, en la cual las explicaciones son también completas: en cuanto á personas aisladas, la solidaridad ya no está completa, y la resolución debe quedar en manos de los individuos.

Se dice que había un pacto, y que sus condiciones no se han mantenido, incurriendo los que lo han hecho en la responsabilidad de las consecuencias que puede traer. Pero esto no es exacto; no se ha faltado sustancialmente á las condiciones estipuladas, que tenían por base que de este lugar partiría la iniciativa de explicaciones que acallasen los ánimos de una colectividad lastimada. ¿Qué importancia tenía la variación hecha? Ninguna; lo esencial estaba hecho.

Yo debo decir esto para que ya que el asunto ha tomado publicidad, quede cada uno en el lugar que le corresponde.

Se podría decir que no se indicó á los señores de la comisión que el Gobierno se había puesto de acuerdo con el señor ministro de Hacienda; pero esto es disculpable por la prisa con que han marchado los negocios, y porque al fin y al cabo el fondo de la cuestión está resuelto.

¿Qué más se desea? Lo que ha pasado ya, no puede dejar de haber sucedido, el remedio, en lo esencial, está puesto. ¿Se quiere más? Explíquese y lo discutiremos.

Después de esto, el Gobierno no tiene más que decir; si se propusieran nuevos medios compatibles con su dignidad, los aceptaría, y espera oír á las personas que usen de la palabra. Antes de venir al Congreso, el Gobierno se ha puesto en todos los casos, y cuando estos llegan, se verá si falta á lo que sus previsiones le han aconsejado, y á lo que su prudencia y la inspiración de su conducta le dictan.

El señor PRESIDENTE: Señores, al punto á que he llegado el debate, me considero en el deber y tengo el vivísimo deseo de hacer mi cordial y enérgico llamamiento á los sentimientos nobles, generosos y dignos de todas las fracciones de la Cámara y de todos los señores diputados. Esta ocasión, señores, es de aquellas en que hay que hacer sacrificios de amor propio, por grandes que nos sean; y sacrificios que son los únicos que exige en este momento de todos nosotros el país que representamos. En este momento me dirijo más especialmente, después de las manifestaciones hechas por el Gobierno de S. M., que considero satisfactorias, á los dignos individuos que representan la minoría en estos escños. Yo espero mucho de su buen juicio y discreción, y creo que mi esperanza no ha de quedar defraudada.

El Sr. RÍOS Y ROSAS tiene la palabra para rectificar.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Yo me asocio con gusto á los sentimientos del señor presidente; pero en la situación que ocupó no puedo hacer más que tener un deseo.

El señor ministro de la Gobernación ha manifestado en la esencia lo mismo que el señor presidente del Consejo; yo creo que la solución de donde puede venir es de ese escño. Para salir de un conflicto depurado por todos, se celebró un pacto en el cual había dos personas interesadas: ¿por qué la opinión de una de estas personas se había de sustituir á la opinión del Gobierno entero? ¿Por qué el Gobierno ha cedido á su exigencia? ¿Qué se hubiera dicho de nosotros si hubiéramos aceptado esa solución? No quiero decir más, porque esta situación no puede compararse; otras personas acaso lo harán con más desinterés que yo pudiera hacerlo.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: El señor Ríos y Rosas padece una equivocación al suponer que hemos cedido á ciertas exigencias: no es eso; esa per-

sona aceptó la opinión del Gobierno en la cuestión política, y en la cuestión personal dice que él es el juez más competente; esto es natural, y esto es lo que ha sucedido.

El señor conde de SAN LUIS: Señores, estaba yo muy ageno hace pocas horas, de tomar parte en esta discusión; pero lo hago por acceder á la excitación que ha hecho el Sr. Ríos y Rosas á los que somos ya antiguos en estos bancos.

El Congreso ha oído las razones alegadas por una y otra parte en esta cuestión, que me parece grave, pero no tanto que no hayan ocurrido aquí otras veces algunas semejantes. Y sin embargo, estas otras cuestiones no han producido trastornos, al menos de consecuencias inevitables. Es menester, por lo tanto, que la miremos con fría razón, y que la pongamos un remedio, que yo creo bastante sencillo.

Desde el momento en que la comisión de la minoría vió que en el Consejo de ministros no se hallaba el de Hacienda, debió comprender que el fallo que allí se tomara no podía ser irrevocable; como el Gobierno debió comprender también, que si las personas que habían dado sus poderes á la comisión no hubieran pasado por lo que S. S. hubieran hecho, no hubiera tenido la comisión más remedio que pasar por ello. ¿Qué resguardo tenían los señores de esa comisión más que la palabra de esos individuos? Pues sobre la palabra del hombre está el sentimiento de su honor, y si el Sr. Ardanaz hubiera dicho á los individuos de la comisión lo que el Sr. Castro ha dicho al Gobierno, estos no hubieran tenido más remedio que pasar por ello.

Eso es lo que hace el Gobierno de S. M.: el pacto se ha sostenido; pero en la cuestión personal no hay derecho para mezclarse, y si acaso, yo declaro que en ella hubiera hecho lo que el Sr. Castro, y creo que el Sr. Ríos y Rosas hubiera hecho lo mismo, porque sino tal vez se hubiera creído que obraba de cierto modo por no dejar su puesto.

En la parte política, la primera solución revelaba el excelente corazón del señor presidente del Consejo de ministros, pero en mi sentir no debía ser para la comisión más aceptable la segunda.

Resulta, pues, que el pacto no ha sido roto, y que la minoría no debe tener motivo de queja, y puesta la cuestión en estos términos, yo creo que se está en el caso de hacer lo que se ha hecho otras veces; que el Sr. Ríos y Rosas cooperará conmigo para que el señor presidente procure que cada una de las personas que han podido ser lastimadas dé las satisfacciones oportunas para que este incidente lamentable termine de una vez en todas sus fases. Yo ruego al señor presidente que tan luego como el estado del debate le permita, apele á los sentimientos de los dignos individuos que están personalmente interesados en la cuestión para que todo quede terminado por completo.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Debo empezar por declarar que nosotros no hemos aceptado misión ninguna limitada; hemos ido á tratar con el Gobierno una cuestión parlamentaria, y si con ella iba envuelta una que debía resolverse de otro modo, yo no lo investigo; pero creo que de todos modos el señor ministro de Hacienda ha debido deferir al juicio de sus compañeros.

Respecto á lo que yo hubiera hecho en semejante caso, diré al señor conde de San Luis que yo hubiera bajado mi cabeza ante el juicio del Gobierno, porque esta cuestión es enteramente distinta de la cuestión personal.

El señor ministro de HACIENDA: La situación personal en que me encuentro, me impone el deber de no entrar en el fondo de la cuestión.

Una vez cumplido el deber de dar satisfacciones á la Cámara, yo nada más tenía que decir. Pero el señor Ríos y Rosas en este momento me ha dirigido, no una imputación, porque S. S. se estaba exculpando, puesto que eso que dijo S. S. que habría puesto en mi caso, eso precisamente hice yo. S. S. ha dividido también esta cuestión en cuestión parlamentaria, en política y en personal; ¿qué es lo que yo he hecho? en la parlamentaria no sólo he aprobado la conducta del Gobierno, lo cual me parecía poco, sino que rogué y supliqué ser yo el primero que diese las explicaciones.

El Sr. Ríos y Rosas dice que la cuestión personal no debe traerse al Congreso, y lo mismo he dicho yo; y queda sentado que quien ha separado las dos cuestiones he sido yo, adviniendo los sentimientos del señor Ríos y Rosas.

El Sr. ALONSO MARTINEZ: Las proposiciones que toma esta cuestión, y la excitación que el Sr. Ríos y Rosas me ha dirigido, me obligan á terciar en este debate; las circunstancias son graves, el momento es crítico, y se podría pronunciar alguna palabra que ofendiera en lo más mínimo á ningún señor diputado.

Yo considero que la cuestión, que en su principio pudo ser insignificante, es hoy grave, y en esto difiero del señor conde de San Luis; la gravedad es palmaria al ver abandonados aquellos bancos (señalando los de la izquierda). Cuestiones de esta gravedad deben resolverse con la calma del hombre de Estado, para no traer sobre el país grandes compromisos.

Antes de contestar al Sr. Ríos y Rosas, debo decir mi juicio sobre este suceso, al que, ageno completamente, puedo juzgarle con más imparcialidad.

Hubo un incidente la otra noche, que hubiera terminado si el Gobierno hubiera tenido ocasión y voluntad de dar explicaciones análogas á las que hemos oído en el día de hoy al señor ministro de Hacienda.

A consecuencia de este incidente, la minoría nombró una comisión, que conferenciando con el Gobierno celebraron un pacto. El señor ministro de Hacienda, que no asistió á la reunión, no aceptó ese pacto, y de aquí surgen todas las dificultades.

Ahora, pues, voy á explicar mi juicio sobre este particular. ¿Qué debió haber hecho el señor ministro de Hacienda? En mi opinión debió deferir al criterio colectivo de sus compañeros. La dignidad del señor ministro de Hacienda quedaba á salvo con esto, y aceptando esa solución no quedaba mal parado ante la opinión pública.

Pero ¿qué es lo que debió hacer el ministro de Hacienda al no conformarse con la fórmula propuesta, fórmula que estaba en su derecho al no aceptarla, porque nadie es juez de su dignidad sino uno mismo? ¿Qué es lo que debió hacer? En mi opinión debió presentar la dimisión de su cargo inmediatamente.

Yo añado, conociendo el patriotismo de mi amigo el Sr. Castro, que si en aquel momento hubiera podido apreciar las consecuencias de su negativa, yo, que le conozco bien, que sé que no se ha sentado en ese banco sino á los ruegos reiterados de sus compa-

ñeros; yo, que puedo dar testimonio de eso, estoy seguro que, de saber las consecuencias de su negativa, hubiera presentado su dimisión.

Después de hacer justicia á los individuos de la comisión, debo examinar cuáles eran los deberes de esa comisión.

Señores, ¿á qué ha quedado reducida la cuestión?

El señor ministro de Hacienda ha declarado desde ese banco que su ánimo no ha sido ofender á los señores diputados; ha declarado que él, como los demás ministros de la Corona, profesan gran respeto á la dignidad de todos los señores diputados, sin una sola excepción. (El Sr. Reina.—Pido la palabra.) ¿No es verdad, señor ministro de Hacienda? (El señor ministro de Hacienda.—Exacto.) Pues siendo exacto, la cuestión de dignidad, que es la más importante, está resuelta: queda ahora una cuestión personal, que puede y debe resolverse fuera de este sitio, dentro de las leyes del país. Si la cuestión de dignidad está resuelta, ¿podría la minoría adoptar una medida de esa importancia, de tanta trascendencia? ¿Se quiere que el partido conservador contribuya al desprestigio del sistema constitucional, y haga imposible que funcione esta Cámara, por una cuestión que no es política, ni económica; que no tiene carácter alguno fundamental. Seguro estoy que esto no lo quieren los individuos de la comisión ni sus representantes.

Yo estimo lo que han hecho, aplaudo su gran celo; pero después de todo apele á su patriotismo, como apelo al patriotismo de todos los señores diputados, que recordemos que están esperando los españoles de Santo Domingo, y que aquí estamos perdiendo el tiempo en cuestiones personales, mientras nuestros soldados se mueren en aquel mortífero clima, y tendrán razón en decir que los legisladores españoles no se acuerdan de ellos. (Aplausos.) Yo suplico á los señores diputados que se fijen en la situación gravísima que está atravesando España. En Cataluña cerradas las fábricas; en Castilla encerrados los frutos; Valencia víctima de las inundaciones; la crisis que ha afligido á la Europa entera se ha cebado más que en ninguna parte. Unámonos, señores diputados, acudamos la mayoría, la minoría y el Gobierno, al patriotismo que encierra nuestros pechos para salvar la situación, cosa que nos agradecerá el país.

El Sr. NOCEDAL: Señores diputados, mis dignos, estimados y queridísimos compañeros: por primera vez en mi vida parlamentaria me levanto á hablarlos sin miedo y lleno de confianza. Hay días en que no hace falta elocuencia: basta con el buen deseo, y yo le tengo completo, queridos compañeros, de que termine hoy, indispensablemente hoy, esta cuestión. Es absolutamente indispensable que terminemos hoy esta cuestión, que terminemos con todas las fases de esta cuestión.

He dicho con intención que es necesario concluir con esta cuestión en todas sus fases, en todos sus incidentes, y sobre esto llamo y reclamo la atención de mis dignos compañeros. Aquí se ha estado hablando de dos cuestiones diferentes, y en esto se ha procedido con manifiesto error. Aquí no ha habido más que una cuestión de resultados de la cual ha venido la otra. La primera cuestión ha producido la segunda: resolvamos pues la cuestión matriz que ha producido la otra; porque resuelta la primera, la segunda deja de existir.

Tan pronto como resulte que no ha habido ofensa, deja de existir, se ha concluido la cuestión parlamentaria. ¿Con qué derecho dejarían de venir á sentarse entre nosotros los individuos de la minoría si el único agravio dijera: ya no hay agravio, yo estoy satisfecho? Esto es evidente: no hay que obcecarnos; aquí no hay más cuestión que la de que se cree o no creído uno de los individuos de esta Asamblea; y así como ántes he dicho que no hay que obcecarnos, así también tengo que decirlos ahora otra cosa, y es que no hay que asustarnos por ciertas palabras que á primera vista suenan mal, y que profundizadas, bien profundizadas, no deben sonar mal: aludo á la frase tantas veces repetida de la cuestión personal. Si, señores, aquí ha habido una cuestión personal, puramente personal, no ha pasado de ser personal, y por eso tiene fácilísimo remedio.

Ahora, si por cuestión personal entienden los que hablan de ella acciones reprobadas por las leyes del reino, entonces aquí de eso no se puede hablar sino para anatematizarlo, y yo hablaré para decirle al Gobierno de S. M., que si en el sentido en que esa frase suena á uno de mis dignos amigos, se llegase á realizar por ahí fuera, en uso de mi derecho, exigiría la responsabilidad al Gobierno, esta vez más que nunca, por no haber cumplido con su obligación, por no haber cumplido con las leyes de la Monarquía. ¿Cómo se entiende? Se había de fallar á las leyes del reino á la vista, ciencia y paciencia de los representantes del país, á la vista, ciencia y paciencia de los que dirigen las riendas del Gobierno por la confianza que en ellos ha depositado la Corona? Eso no se puede suponer: y si aconteciere, lo repito, esta vez más que nunca exigiría la responsabilidad de los señores ministros, y especialmente, sintiéndolo mucho, de los señores ministros de Gracia y Justicia y de la Gobernación.

Descartada la mala inteligencia que sin duda ninguna nadie ha querido dar, de esa frase cuestión personal, que sin duda ninguna todos emplean en el mismo sentido en que yo lo hago, y recomendando de nuevo á los señores ministros que cumplan con su obligación, que es cumplir con las leyes, y principalmente con el Código penal, la otra manera de entender la frase cuestión personal, no solamente estoy en mi derecho, y está en su derecho el Congreso ocupándose en ella, sino que está en su deber por un artículo expreso y textual del reglamento, que es absolutamente indispensable que se cumpla.

Dice el art. 143 del reglamento: «Si se profiriese alguna expresión malsonante ó ofensiva á algún diputado, este podrá reclamar luego que concluya de hablar el que la profirió; y si esta no satisface al Congreso ó al diputado que se creyere ofendido, mandará el presidente que se escriba por un secretario; y si hubiere tiempo, se deliberará sobre ella, acordando el Congreso lo que estime conveniente á su propio decoro y á la unión que debe reinar entre los diputados.»

Ahora bien: el cumplimiento de las leyes se debe hacer en términos hábiles. ¿Cuáles son los términos hábiles? «Acordando el Congreso lo que estime conveniente á su propio decoro y á la unión que debe reinar entre los señores diputados.» Esto es obligación nuestra, esto es obligación del presidente, y lo es de tal manera, que no podemos movernos de aquí sin dejar zanjada la cuestión. Es indispensable ave-

riguar si los interesados han tenido intención de ofenderse; si el ofendido lo ha sido realmente ó si ha habido mala inteligencia por ambas partes. No se quiere entrar en el terreno de las explicaciones, porque nadie quiere empezar; pero tan pronto como se encuentre la fórmula, esta cuestión habrá concluido.

Ahora bien: ¿no habrá aquí nadie en nombre del diputado agraviado que está ausente, que manifieste que no tuvo intención de ofender al Sr. Castro? Esto es lo que debe promover el señor presidente. ¿No habrá medio de que el Sr. Castro declare que no ha sido su ánimo ofender á un señor diputado? El Congreso tiene necesidad de que esta cuestión quede definitivamente zanjada, no sólo por el decoro del Parlamento, sino en gracia á la unión de todos los compañeros. ¿Qué hay que hacer? Obligar, en el buen sentido de la palabra, obligar, con el ruego y con la súplica, y hasta con la influencia, á que los interesados se den mutuas satisfacciones, porque esta no es ninguna cuestión ministerial ni de partido, ni de amor propio siquiera.

Esta es una cuestión de patriotismo, de decencia, que deben apresurarse á zanjar inmediatamente los verdaderos caballeros. ¿Pero quién ha de empezar? El presidente aconsejando; cediendo el que sea más fuerte. Yo llamo en mi ayuda al señor presidente del Consejo de ministros para que influya en el ánimo de su compañero, y que los señores de la comisión, cumpliendo con sus deberes, hagan lo mismo con los señores diputados que esperan ahí fuera. Y si algo hay que hacer en el terreno de las concesiones, que las haga el Gobierno, y en eso ganará fuerza; nadie le censurará, sino que le aplaudirá.

Así, pues, yo ruego al señor ministro de Hacienda que se impregne de estos sentimientos; al general Narvaiz influya en el ánimo de su compañero, y al presidente de la Asamblea se revista de todo su carácter, y concurremos todos con nuestro influjo á que se den las satisfacciones honrosas y honradas de la manera que se le deben dar los diputados ofendidos.

El Sr. CANOVAS: Voy, señores, á tomar brevisíma parte en este debate, y eso con gran sentimiento mío. En el estado que ahora tiene, después de los discursos que aquí se han pronunciado y con el espíritu que reina, sólo una obligación indeclinable me podría hacer entrar en él.

Mi obligación consiste en declarar, puesto que faltan aquí muchas personas, y entre ellas un amigo mío, que ha sido directamente aludido en este debate, que el Sr. Ardanaz, á quien me refiero, ha reconocido siempre de la propia manera que el señor ministro de Hacienda que podía establecerse una diferencia esencial en la cuestión pendiente; que ha reconocido como el Sr. Castro, ni más ni menos, que en ella podía haber lugar á apreciaciones y resoluciones de muy diversa naturaleza; y que hasta ahora no juzga que tiene motivo ninguno para abandonar este punto de vista.

Yo supongo que el Sr. Orovio, enterado de estos hechos, habría dicho, si hubiera usado de la palabra, sobre poco más ó menos lo mismo que estoy diciendo, y siento que no haya hablado ántes que yo, porque en sus labios hubieran tenido estas palabras más autoridad todavía.

El Sr. OROVIO: A pesar de mi deseo de no tomar parte en esta cuestión, las excitaciones de varios amigos de la mayoría me han obligado á ello.

Es cierto, señores diputados, que he conocido desde el principio de este incidente las diferentes apreciaciones que ha dicho el Sr. Canovas.

Pero dejando aparte esta manera de ver la cuestión, yo tengo necesidad de decir algunas palabras con ocasión del debate presente. ¿Qué ha habido aquí, señores diputados? Se ha dicho que una cuestión parlamentaria. ¿Qué podía exigir la oposición sino que las palabras relativas á la cuestión parlamentaria fueran explicadas? ¿No se han dado ya las explicaciones más completas por parte del señor ministro de Hacienda?

Ha habido un ministro que se ha creído ofendido por las palabras de un señor diputado. Y en este caso, yo pregunto al Sr. Posada Herrera: ¿ha habido un señor diputado representante de la minoría que se haya levantado á decir que no hubo semejante ofensa? No, señores. Pues habiendo salvado el Sr. Castro la cuestión parlamentaria, ¿por qué no se ha de levantar un diputado de los señores de en frente, puesto que el señor ministro se ha creído ofendido, á decir que no ha habido semejante ofensa? Si esto se dijera, la cuestión estaba ya acabada. No digo más.

El Sr. APARISI Y GUJARRO: Por Dios, señores diputados, que pudiéramos acabar en breves momentos y quedar en paz y amigos, y nos vamos confundiendo, enredando y embrollando de una manera sobre todo encarecimiento de loable: dos palabras, señores diputados, dos palabras.

Por Dios, señores, mirad el Trono, mirad el país, mirados á vosotros mismos... Y perdonadme, pero tened juicio.

Después de todo, el Sr. Nocedal tiene razón, y el Sr. Nocedal que tiene razón ha presentado una buena fórmula, bien que yo crea, si no es arrogancia, que hay otra mejor, ó al menos más aceptable. No me parece necesario que esas dos personas dignas á quienes todos apreciamos y respetamos se levanten y digan que no han tenido intención de ofenderse, porque por desgracia pudieran haberla tenido en momentos de ira y de enojo, y no quiero ponerles en trance de fallar á la verdad.

Basta y sobra con que uno y otro retiren sencillamente las palabras que sonaron ofensivas, con lo cual se satisfacen mutuamente ó mutuamente se perdonan. ¿Qué inconveniente hay en esto? El Sr. Orovio interpretaba elocuentemente al Sr. Posada Herrera. Yo á todos me dirijo; á vosotros, á todos que os decís los apoderados de la oposición, que nos habeis dicho que tenéis de ella y del Sr. Ardanaz poderes amplísimos vosotros podéis retirar las palabras que ofendiesen á alguno de los ministros, y estas las que lo parecieren al Sr. Ardanaz y á vosotros. ¿Quién ha de retirarlás el primero? Retiradlas todos á la vez: y yo os digo que aquel que se adelante, eso es el más generoso, el más valiente, el más digno patriota.

Ruego encarecidamente á mi queridísimo amigo el Sr. Castro que dé esa prueba grande de su valor: no murmurarán las gentes; y si murmuraran, S. S., dentro de su corazón sentirá el gozo sublime de haber hecho y vencer de sí mismo, una nobilísima acción, y de haber evitado dolorosos conflictos al país en días harto tristes para él. Yo hago este ruego al señor ministro de Hacienda, y yo sólo: se lo han hecho cuantos habeis hablado; y se lo habeis todos vosotros,

aunque calleis... ¿No es verdad, señores diputados? (Varias voces: Es verdad.) Pues bien, señor ministro, todos nosotros os lo rogamos, y el país os aplaudirá.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Dos palabras solamente. En el punto en que tocó la cuestión el Sr. Alonso Martínez, queda zanjado: ese señor diputado interrogaba al señor ministro de Hacienda, quien contestó al Sr. Alonso Martínez, diciendo, «exacto.» Yo creo que ni en dignidad personal, ni en dignidad de Gobierno, puede hacerse más.

El Sr. POSADA HERRERA: Yo he pedido la palabra para responder á una excitación del Sr. Orovio, porque quizá luego se diga: ¿qué es lo que representais? Nosotros, después de dar explicaciones al Gobierno, debíamos darlas al país de nuestra conducta; pero no hemos podido venir á dar solución de ninguna clase.

Si hubiéramos conseguido que nuestros amigos entraran en el salón, se hubiera resuelto la cuestión, lo cual todos desean, y nosotros más que nadie, porque creemos que en este debate va envuelta más que la cuestión parlamentaria y personal; creemos que en su resolución van envueltos todos los Parlamentos futuros.

Nosotros no tenemos en este asunto, porque está ausente el interesado, la autoridad que tiene el Gobierno, y como no podemos resolver la cuestión como la puede resolver el Gobierno, yo no puedo dar una respuesta definitiva.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Con dolor entro de nuevo en este debate.

El Congreso ha oído al Sr. Nocedal y al Sr. Orovio. Había un pacto que se ha violado. ¿Pero qué es lo que se ha hecho después? Se ha venido á formular un programa que quieren imponernos después de un contrato celebrado. Por consiguiente, en la situación en que nos encontramos, nada podemos hacer.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, se necesita mucha fuerza de voluntad para hablar palabras de conciliación después de haber oído al Sr. Ríos y Rosas. El Sr. Ríos y Rosas se ha apresurado á hablar ántes que el Gobierno, que es á quien pertenecía, y ha dirigido reconvencciones muy duras al Gobierno.

Señores, el Gobierno viene hace 48 horas haciendo gestiones, nadie puede negar las que yo he hecho en favor de la Unión liberal. Yo he hecho más; he hecho por la causa de la Unión liberal más que por la nuestra: el Gobierno hace 48 horas que está dando pasos fuera de aquí. Hoy se han dado desde este banco explicaciones importantes.

Pero yo pregunto: los señores de enfrente, ¿han adelantado una sola pulgada siquiera? Ya sé yo que los señores de la oposición tienen dignidad; pero acaso no la tiene el Gobierno? ¿Hagan algo por su parte, den algún paso, digan alguna palabra, que cuando la digan, otras palabras se dirán desde este sitio.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Para rectificar un hecho. Yo he permanecido mudo en esta última parte del debate, y solamente le he pedido cuando el señor ministro de la Gobernación dijo que ya no había que hacer por parte del Gobierno; y cuando el debate iba á concluir, es cuando me he levantado. Si después de la declaración del Sr. Orovio y de las palabras del señor ministro de la Gobernación; y después de la pausa del Sr. Posada Herrera, nos hubiéramos cargo de la situación, entonces el señor presidente del Consejo tendría razón para exponer sus quejas; pero no siendo así, no tiene motivo S. S.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: El señor Ríos y Rosas ha usado de la palabra al ver el silencio de la Cámara, y al hacerlo ha renovado el debate, y al renovarlo ha dirigido inculpaciones graves al Gobierno. Y así como el Sr. Ríos y Rosas ha querido hacerse cargo del estado de la discusión en vista de la situación, así el Gobierno tiene necesidad de hacerse cargo de la cuestión después de las palabras del señor Ríos y Rosas. ¿Y qué resulta de estas palabras? Que al Gobierno se le hace responsable de esta situación. ¿Pero cuál es la verdad?

Los señores Nocedal y Aparisi han exhortado á la Cámara; han exhortado á la Cámara también el señor conde de San Luis y el Sr. Alonso Martínez. ¿Han exhortado sólo al Gobierno, ó han exhortado á todo el mundo? ¿No ha dicho el Sr. Alonso Martínez que las declaraciones del ministro de Hacienda abrazaban y comprendían á todos sin excepción, á todos los individuos de la minoría?

El Sr. Alonso Martínez hizo un argumento que no se ha contestado todavía. ¿Es ó no cierto que el Gobierno ha salvado la dignidad de todos? ¿Se puede pedir más al Gobierno? ¿Qué objeto hay para exigir más? ¿Qué más ha de hacer el Gobierno? ¿Es una cuestión parlamentaria? Resulta está. ¿Qué queréis más? ¿Queréis que nos arrodillemos á vuestras plantas? ¿Queréis que el Gobierno se postre de rodillas delante de una individualidad? (Muchos señores diputados: No, no.) Si no es eso, ¿qué es lo que pedís? Después de estas palabras dichas con todo el buen deseo de restablecer la armonía, el Gobierno no puede añadir una sola palabra más.

El Sr. RÍOS Y ROSAS: Señores, esta es una cuestión de buena fe; no quiero usar de las ventajas que resultarían de examinar la cuestión como la examinó el Sr. Alonso Martínez; no quiero entrar en ese terreno, pero si diré una cosa. ¿En qué consiste que el señor Nocedal, que ocupa en esta Cámara una posición especialísima, que no pertenece á la oposición, que no es ministerial, que está fuera de la Órbita de todas las fracciones, y que en interés de todos ha propuesto una solución, proponía por ventura algo que no exigieran las circunstancias?

Yo digo que el Sr. Nocedal ha planteado la cuestión en el estrecho terreno del reglamento. Y planteando la cuestión, ¿qué se ha hecho? El Sr. González Brabo me reconviene porque no he cedido á las exhortaciones del Sr. Alonso Martínez, y á eso respondí yo que si hubiera sido el diputado interesado me hubiera levantado aquí y hubiera hecho lo que echo de menos en el señor ministro de Hacienda.

El Sr. González Brabo nos ha preguntado si queríamos que el Gobierno se pusiese de rodillas. El señor González Brabo ha visto de la manera como he planteado la cuestión en el Consejo de ministros, y su señoría no tiene el derecho de hacerme esa reconvencción.

Se pregunta: ¿á qué se aspira? Eso mismo digo yo. Yo declaro que nosotros lo que queremos es la dignidad de todos; queremos que se eviten todos los con-

dictos, y después de todo, el país nos creará, pese á quien pese.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Dice el Sr. Ríos y Rosas que el país los oirá, y que pese á quien pese; pues yo digo á S. S. que pesará sobre quien no tenga razón.

El Sr. Ríos y Rosas ha hecho un argumento que no tiene fuerza ninguna. S. S. dice que es menester que haya docilidad para que se termine esta cuestión. Si fuera dócil S. S., se hubiera levantado á dar las explicaciones con ese objeto.

El Gobierno ha hecho cuanto ha podido hacer; si su señoría invoca el recuerdo de ayer, yo invoco lo que ha sucedido hoy, y sólo falta ahora que se haga algo por S. S. cuando tanto se ha hecho desde este sitio.

El señor ministro de la GOBERNACION: El señor Ríos y Rosas hace estrabar su argumentación en un supuesto, y es el siguiente: que desde este banco no se ha hecho nada, no se ha hecho todo lo que se podía hacer, y yo digo á S. S. que desde este banco no se puede hacer más. El Congreso ha oído las explicaciones que en este banco se han dado: mañana se leerán y se verá quien tiene razón.

Todavía se pide más, y esto me autoriza á preguntar, ¿qué es lo que se desea? El Sr. Ríos y Rosas no puede exigirme una humillación; y yo pregunto: ¿qué palabras quiere S. S. que pronuncie el señor ministro de Hacienda después de la confirmación que dió su señoría á la interpelación hecha por el Sr. Alonso Martínez? No cabe nada. Entonces, ¿quién es el indócil? Que lo juzgue el país, y pese á quien le pese.

El señor conde de SAN LUIS: La solución que propuso el Sr. Nocedal, esa es la que yo propuse, solamente que el Sr. Nocedal la amplió. Ahora, sin entrar en consideraciones, ¿cómo quiere el Sr. Ríos y Rosas aceptar la solución del Sr. Nocedal, si no entran por esas puertas los señores diputados que están fuera?

Estos casos están previstos en el reglamento; el señor Ríos y Rosas acepta esta solución. Yo propongo entonces que nos pongamos en condiciones posibles para dar gusto al Sr. Ríos y Rosas.

El Sr. PRESIDENTE: Señores diputados, he dicho antes que es necesario poner un término á este penoso debate, y sujetándose en lo posible á las prescripciones del reglamento, acabo de enviar un atento recado al Sr. Ardanz para que se presente en este sitio, obediendo las órdenes de la presidencia. (En este momento entra el Sr. Ardanz). Sr. Ardanz, me he creído en el caso de pedir á V. S. que penetrase en este sitio, para hacerle un ruego encarecido, que debe aceptar como la expresión del sentimiento que anima á todos los diputados del Congreso, de dar fin á una cuestión penosa y que requiere una pronta solución.

Yo rogaria á V. S. que, consultando los sentimientos de su corazón, tuviese la bondad de decirnos si al comenzar su rectificación y proferir unas palabras sobre las cuales llamé la atención de V. S., y V. S., no insistió, tuvo la intención de ofender, de lastimar el amor propio del señor ministro de Hacienda ó su respetabilidad personal; y al señor ministro de Hacienda le ruego á la vez que dé al Sr. Ardanz la satisfacción que le debe por las que dijo en la sesión de anteayer.

El Sr. ARDANAZ: Señor presidente, V. S. me encontrará siempre dispuesto, y la Cámara toda, á poner de mi parte cuanto sea posible para que este conflicto tenga término como todos apetecen; pero V. S. comprenderá que no habiendo sido mis palabras más que una contestación á las pronunciadas por otro señor, yo no estoy en el caso de poder hacer lo que su señoría desea.

El Sr. PRESIDENTE: ¿A qué palabras alude, señor Ardanz?

El Sr. ARDANAZ: Me refiero á las palabras des-

agradables que el señor presidente recordará que se han pronunciado aquí en la sesión anterior.

El Sr. PRESIDENTE: El señor ministro de Hacienda, en esa ocasión, tuvo intención de lastimar? El señor ministro de HACIENDA: Como el Sr. Ardanz no ha precisado ni siquiera personas, sino que ha hablado de frases que se han pronunciado, yo no puedo ni quiero creer que se alude á mi persona. Sólo diré una cosa para gobierno de la Cámara, y es que antes de que hablase el Sr. Ardanz, yo no tenía para qué haberme ocupado de S. S. Por consiguiente, no pudo haber oído palabras mías que no hayan sido precedidas de otras de S. S.

El señor PRESIDENTE: Sr. Ardanz, después de esta clara y franca declaración del señor ministro de Hacienda, menester es que, respondiendo á los sentimientos de su corazón, quite la parte de dureza, no de intención, que desde luego no pudo ser la de ofender, que pudieran tener las palabras que pronunció días pasados.

El Sr. ARDANAZ: No he comprendido bien la pregunta.

El Sr. PRESIDENTE: Pregunto á V. S., si después de la franca y leal manifestación del señor ministro de Hacienda, y consultando los sentimientos de la Cámara y los de su propio corazón, sostiene la dureza de las palabras que pronunció al empezar su rectificación á lo dicho por el señor ministro de Hacienda.

El Sr. ARDANAZ: Señor presidente, yo debo haber oído mal al señor ministro de Hacienda, ó no comprendo á S. S. lo que ahora me dice. La cuestión es muy sencilla: ¿el señor ministro de Hacienda sostiene las palabras á que yo me he referido?

El Sr. PRESIDENTE: ¿Cuáles?

El Sr. ARDANAZ: Las pronunciadas en la sesión del jueves por la noche. Las mías fueron pronunciadas el viernes, á consecuencia de la que usó el señor ministro de Hacienda. Yo ruego, pues, á V. S. que para ser intérprete de los sentimientos de la Cámara, de mi propia dignidad, y de la dignidad de todos, que pregunte al señor ministro de Hacienda si sostiene las palabras á que me he referido, pronunciadas en la sesión del jueves.

El señor ministro de HACIENDA: Estamos aquí verdaderamente dentro de una especie de logomaquia; Señor presidente, yo no he dirigido al Sr. Ardanz una sola palabra, faja ni fuerte, suave ni dura, que no hubiera sido precedida de alguna palabra de su señoría: á mí me parecían fuertes y duras las suyas; y si el Sr. Ardanz empieza por declarar que aquellas palabras que me dirigía el primer día, y que dieron origen á todas las que han venido después, no ha querido decir las S. S., ya verá lo que yo le contesto.

El señor PRESIDENTE: ¿Está V. S. conforme, señor Ardanz, con las explicaciones del señor ministro de Hacienda, en que dice que no la tenía intención de ofenderle? Ruego á S. S. que rivalicen en generosidad y en nobleza, y que no insistan en una cuestión de amor propio que fatiga ya á la Cámara.

El Sr. ARDANAZ: Yo ruego al señor presidente, que puesto que el señor ministro de Hacienda dice que las primeras palabras que le han lastimado han salido de mis labios, se sirva S. S. indicar cuáles son.

El señor ministro de HACIENDA: Señores diputados, he de contribuir siempre, en todas ocasiones, á resolver las cuestiones en el terreno en que se colocan. Yo no me ocupaba, ni podía ocuparme del señor Ardanz, no sospechaba siquiera que el Sr. Ardanz, tomase parte en esta cuestión, y esto prueba que no tenía nada preconcebido respecto de lo que había de decir. Pero el Sr. Ardanz en la sesión del primer día, sin que yo hubiese hablado, sin que yo hubiese dicho una palabra, en frío, sin excitación

ninguna, decía, por ejemplo, palabras como estas: «Sobre ese proyecto se pondrá un epitafio, que dirá: Desdén de los arbitristas. ¡Insensato! ¡Qué insensatez! Estas y otras palabras de otro género y de otro orden salieron de los labios de su señoría. No tengo más que decir, y no diré más sobre esta cuestión.

El Sr. ARDANAZ: Las palabras del epitafio á que se refiere el señor ministro de Hacienda no eran dirigidas á S. S. sino á los arbitristas europeos, y la palabra *insensato* sabe S. S., porque así lo he declarado que se refería á hechos muy anteriores á la entrada de señor ministro de Hacienda en el ministerio.

El señor ministro de HACIENDA: Pues todas las dichas por mí con referencia á esas, no se dirigen al Sr. Ardanz.

El señor PRESIDENTE: La mesa propone que el Congreso declare que después de las explicaciones dadas y de las manifestaciones hechas, queda la honra de todos y cada uno de sus individuos y del Gobierno exenta de toda mancha y en el lugar que le corresponde.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Señores, yo quiero saludar la vuelta de los señores de la oposición, diciendo que el Gobierno de S. M. tiene á todos los individuos que la componen por hombres eminentes que han prestado servicios al país, y que no está en el interés del Gobierno rebajar sus merecimientos, lo mismo que SS. SS. aunque derriben Gobiernos no pueden prostituir el poder. Nosotros discutimos aquí los intereses del país, y en este concepto, es preciso que los pensamientos que iniciamos se discutan por los señores de la oposición, y salgan más provechosos para el país. Por consiguiente, el Gobierno no quiere, ni impedir el uso de la palabra, ni amedrentar á los individuos de la oposición, sino que quiere discusión de buena fe, en lo que espera que, dando ejemplo, le seguirán los señores de la oposición.

Yo espero que esta cuestión, por lo mismo que ha sido desagradable, nos servirá de lección para no volver á hablar de lo pasado, que no puede servir más que para enconar los ánimos y poner obstáculos á la marcha del país.

Dicho esto, reciban los señores de la oposición mi saludo y la mano de amigo que les tiendo con la más grande voluntad.

El Sr. POSADA HERRERA: Doy sinceras gracias al señor presidente del Consejo de ministros por las lisonjeras expresiones que nos ha dirigido, y por las declaraciones que ha hecho, que revelan los principios sobre que descansa el sistema representativo que todos estamos encargados de defender.

De la sinceridad con que agradezco al señor duque de Valencia esas palabras, puede ser testimonio la conducta que he observado para evitar el conflicto del día de hoy; por fortuna de estas causas desagradables, como dice muy bien S. S., nace una provechosa experiencia, de que todos sacamos gran utilidad.

Yo espero que el señor duque de Valencia ha de quedar satisfecho de la decisión vehemente con que los individuos de la oposición hemos de corresponder á los patrióticos sentimientos de S. S. En mi nombre y el de mis amigos, hago gustoso esta declaración, como respuesta á las benévolas frases que S. S. nos ha dirigido.

En seguida se aprobó la proposición por unanimidad.

El Congreso acordó que no hubiera sesión por la noche.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para el lunes: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Eran las siete.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Niceto, Obispo.
SANTO DE MAÑANA. San Benito, Abad.

CULTOS RELIGIOSOS.

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia parroquial de San Martín, donde se celebrará á San Benito, Abad, con Misa mayor y sermón que predicará D. Vicente Pastor, y por la tarde completas y procesión de reserva.

La Real y militar orden de caballeros de Alcántara, celebrará en la iglesia de monjas del Sacramento función al glorioso Padre y legislador San Benito Abad, y será panegirista D. Remigio García, y por la tarde se cantarán las preces de Sanio Dios, Salmo Credidi y la reserva. También se celebrará solemne función al glorioso San Benito por la orden militar de Caballeros de Calatrava, en la iglesia de señoras Comendadoras, siendo orador D. Basilio Sánchez Grande.

Continúan las Misiones, por la tarde en San Cayetano y en San Antonio del Prado, y por la noche en San Luis.

Prosigue la novena de la Virgen de las Angustias en las monjas de la Latina, y predicará D. Ambrosio Infantes.

Por la noche habrá sermón en Italianos, Bóveda de San Ginés y Santa Catalina de los Donados.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA. Nuestra Señora de la Buena Dicha en su iglesia.

Se reza de San Benito, abad, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de la Feria.

PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

REALES DECRETOS.

De acuerdo con mi Consejo de ministros, vengo en declarar cesante, con el haber que por clasificación le corresponda, á D. Fermín Ladrón de Cegama, gobernador de la provincia de Zamora; quedando satisfecha del celo é inteligencia con que ha desempeñado dicho cargo.

De acuerdo con mi Consejo de ministros, vengo en nombrar gobernador de la provincia de Zamora á don Alejandro Benisla.

Dados en Palacio á diez y seis de Marzo de mil ochocientos sesenta y cinco.—Están rubricados de la Real mano.—El Presidente del Consejo de ministros, Remon María Narvaez.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

El gobernador superior civil de Filipinas participa en 22 de Enero último que la tranquilidad pública continúa sin alteración en aquellas islas, y que su estado sanitario es satisfactorio.

DESPACHO TELEGRÁFICO.

Cádiz 18 de Marzo.—El gobernador al Excmo. señor ministro de Ultramar.

A las cinco de la tarde de hoy ha llegado á este puerto procedente de las Antillas el vapor-correo *Santo Domingo*, en 17 días y 18 horas, conduciendo la correspondencia: vienen 330 individuos de tropa, 76 de marina, 90 pasajeros y dos penados.

Fondos públicos.

CAMBIO AL CONTADO.		Publicada.		No publicada.
Titulos del 3 p. 30 con...	40-00 y 40-25			
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. 30 id.				
Titulos del 3 p. 30 diferido...	40-90 y 41-60			
Inscripciones en el Gran Libro...				
Material del Tesoro pre...				
Idem no preferente, con...				
Idem sin intereses...				
Participes legos converti...				
Idem del 4 y 5 por 100...				
Deuda amortizable de primera clase...	40-00			
Idem amortizable de segunda idem...	25-25			
Deuda del personal...	21-15			
Deuda municipal de sisas del ayuntamiento de Madrid, con 2 1/2 de interes anual...				
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 p. 30 ANUAL				
Emisión de 1.º de Abril de 1850, de 4 000 rs.	85-00			
Idem de 4 200 rs.	80-00			
Idem de 1.º de Junio de 1854, de 4 200 rs.				
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 200 rs.	84-00			
Idem de 9 de Marzo de 1855, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 200 rs.				
Idem 1.º de Julio de 1858 de 4 200 rs.				
Acciones de Obras públicas de 1.º de Julio de 1858.	85-00			
Del Canal de Isabel II, de 1000 rs. 8 1/2 anual	103-00			
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriles. S. C.	80-50			
Acciones del Banco de España.	140-00			

Mercado de Madrid.

ENTRADA POR LAS PUERTAS EN EL DIA DE AYER.
40862 fanegas de trigo.
1643 arrobas de harina de idem.
10733 arrobas de carbon.
134 vacas que componen 60019 libras de peso.
332 carneros que hacen 7274 libras de peso.
81 cerdos degollados que hacen 40547 libras de peso.
PACIOS DE GRANOS EN EL MERCADO DE AYER.
Trigo. de 46 á 48 Rs. vn.
Cebada. de 27 á 28 id.
Algarroba. de 32 á 32 id.
Lo que se anuncia al público para su inteligencia. Madrid 19 de Marzo de 1865.—El alcalde-corregidor, conde de Belascon.

ESPECTACULOS.

TEATRO REAL. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*Favorita*.
TEATRO DE VARIETADES. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*Sullivan*.—*Baila*.—*Panchito*.
TEATRO DEL CIRCO. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*La paloma azul*.
TEATRO DE LA ZARZUELA. Funcion para hoy á las ocho de la noche.—*Suma y sigue*.—*Loco de atar*.—*La dote de Patricio*.—*La casa Roja*.

SECCION DE ANUNCIOS.

LA EDIFICADORA.

Sociedad regular colectiva, registrada en el gobierno civil, previa aprobacion del tribunal de Comercio de esta corte.

CAPITAL SOCIAL. 600.000 reales.
FIANZA. 3.000.000 de reales, segun la base 10.

Admite imposiciones desde 100 reales, con intereses fijo de 9 al 18 por 100 anual. Paga los intereses mensuales.

Emplea el importe de las imposiciones en construir casas, por subasta, en solares de su propiedad, en Madrid, en provincias y el extranjero, para venderlas á plazos tambien por subasta.
Director y administrador, D. ANGEL HERNAN, comerciante, capitalista y propietario.
El Consejo de vigilancia será elegido de entre los 40 primeros imponentes de Madrid, á quienes se citará para la reunion conveniente.

OFICINAS GENERALES, CALLE DE FUENCARRAL, 12, PRINCIPAL. (307)

LA RETENCION DE BULAS EN ESPAÑA ANTE LA HISTORIA Y EL DERECHO,

POR D. VICENTE LAFUENTE,

doctor en teología y jurisprudencia, catedrático de disciplina eclesiástica de la Universidad central, académico de número de la Historia, etc.

Se venden á 8 rs. en Madrid y 10 en provincias en la libreria de D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, número 6.

LECTURAS POPULARES.—SE PUBLICAN EL DIA 1.º DE CADA MES.

Concluido el tomo 7.º de esta Revista católica é instructiva, correspondiente al año 1864, se reciben suscripciones para el tomo 8.º, que saldrá á luz en 1865. Las doce entregas que se publicarán en el año 1865, serán de igual tamaño y lectura que las veinte y cuatro de los años anteriores.

El precio de suscripción es de 20 rs. al año en Madrid, y 24 en provincias, franco de porte. No se admiten suscripciones por menos de un semestre. Se dan cinco ejemplares de cada número, á fin de que se repartan entre los pobres.

El sobrante de los productos de esta publicacion, despues de cubrir los gastos de impresion y demás precios, se invertirá en la de obras análogas á las mismas *Lecturas populares*, las cuales se darán gratis á los suscritores.

El tomo 1.º, que abraza los seis meses últimos de 1858, y los tomos 2.º, 3.º, 4.º, 5.º, 6.º y 7.º, que comprenden respectivamente los doce meses de 1859, 60, 61, 62, 63 y 64, se venden los siete á 32 rs., y sueltos, el 1.º á 2 1/2 rs. y los otros á 5 rs. cada uno.

De los catorce opúsculos regalados á los señores suscritores se ha agotado la edición de casi todos ellos: se han reimpresso el 4.º, 6.º sea la preciosa novela *Maria Girasol*, ó el *Ángel de la familia*, y el 5.º y 6.º, esto es, el *Manualito devoto ó Devocionario*, y sólo existen varios ejemplares del *Segundo y tercer Mandamiento de la Iglesia*. El precio de cada opúsculo es el de cuatro cuartos en Madrid, y cinco en provincias, franco de porte.

Los pedidos y suscripciones se dirigirán al director de las *Lecturas populares*, calle de la Salud, núm. 14, 3.º, derecha; al Sr. Tejado, calle de Silva, 47 y 49; y á las librerías de Olamendi, calle de la Paz, 6; de Lizcano, calle de la Cruz, 31, y de Aguado, Potejos, 8.

(G.)

LECCIONES SOBRE EL SISTEMA DE FILOSOFIA

Apontística del alemán Krause, pronunciadas en la Armonía (sociedad literario-católica) por D. Juan Manuel Ortí y Lara, catedrático de filosofía en uno de los institutos de esta corte.

Esta obra saldrá en tres entregas á razon de 4 reales en Madrid y 5 en provincias. Al fin de la publicación se aumentará el precio de la obra. La suscripción estará abierta en la imprenta de Tejado, y en las librerías de Olamendi, Durán, Bailly-Baillière, Aguado, Lizcano y D. Leocadio Lopez.

Los pedidos de provincias se dirigirán al editor señor Tejado, acompañando su importe.

AL ILUSTRADO PUBLICO DE MADRID.

El caballero D. José Campaña de Baroni di Sartano, jurisconsulto y profesor de literatura italiana, graduado en la Universidad Real de Nápoles, su patria, pasará gustoso á dar lecciones de la dicha lengua á las casas de los que tengan á bien honrarle con su invitación.

El método sencillo que emplea para enseñar le hace esperar que será bien acogido en Madrid, donde se aprecian las ciencias y las letras no menos que en las demás capitales de Europa.

Se pueden dirigir los avisos á la calle de San Cipriano, núm. 4, cuarto tercero, donde vive el dicho profesor.

CAJA DE SEGUROS Y SEGURO MUTUO DE QUINTAS.

Director y fundador, D. Francisco de P. Mellado.

Esta sociedad tiene por objeto proporcionar recursos á los padres de familia para redimir del servicio de las armas á aquellos de sus hijos á quienes toque la suerte de soldado.—La suscripción puede hacerse desde el nacimiento del niño, hasta la víspera del día en que son llamados á entrar en suerte.—Pagando las cuotas únicas, anuales ó mensuales que señala la tarifa especial, inserta en el prospecto, se obtiene la suma de 8,000 reales, al menos, en el caso de que toque la suerte de soldado al joven que se asegura.

La dirección se halla establecida en Madrid, en su casa propia, calle de Santa Teresa, núm. 8.—Las cartas se dirigen á D. Francisco de Paula Mellado.—En provincias tiene la empresa establecidos corresponsales en todos los pueblos de alguna importancia, y allí donde no los haya puede el que quiera dirigirse por escrito á la oficina central de Madrid, en la seguridad de que recibirá contestación inmediatamente.—Se dan prospectos gratis á todo el que los pida.

Se admiten seguros para el próximo sorteo. (Núm. 808.—1.)

CONFERENCIAS

PRONUNCIADAS EN LA CATEDRAL DE PARIS por el P. Félix, de la Compañía de Jesús, y traducidas por EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

En la administración de este periódico se hallan de venta las Conferencias de los años 1862, 1863 y 1864.

Cuestan 2 reales en Madrid y 5 reales en provincias las correspondientes á cada uno de los años referidos.

Se vende á 2 cuartos en Madrid, en la imprenta de Tejado, calle de Silva, 47 y 49, en las librerías de Olamendi, Aguado, y Lizcano, y en la administración, calle de la Salud, núm. 14, tercer derecha.

En provincias á 3 cuartos cada ejemplar.

GRAN FABRICA DE CHOCOLATE,

MOVIDA AL VAPOR,

DE D. MATIAS LOPEZ,

Palma alta, 52.

DEPOSITO CENTRAL,

PUERTA DEL SOL, NÚM. 13,

Y MONTERA, NÚMERO 1.



Un elegante Depósito Central acaba de abrir la casa fabril y comercial de Lopez en la Puerta del Sol, Núm. 13, y Montera, Núm. 1.

Ninguna industria en tan poco tiempo ha conseguido un desarrollo tan vasto como los *Chocolates de D. Matias Lopez*, con el tiempo, constancia y buena fe, todo se consigue, pero en menos de dos años que hace que le montó mi fábrica en grande escala, elevar la fabricación y venta de dichos chocolates á *Dos mil libras por día*, es la prueba más evidente de que son superiores, son inimitables, satisfacen, en fin, los deseos del consumidor. Me es altamente satisfactorio ver premiados por SS. MM. por el público y por jurados mis desvelos; y para corresponder á tan altas consideraciones y á tan grande acogida, persevero, y perseveraré constantemente, para que las clases, lejos de decaer, sean lo mismo, y aún mejores si es posible.

La fábrica de Lopez está movida por una máquina de vapor de la fuerza de 15 caballos; los aparatos de moler, todos de piedra de granito, son los agentes que el ingenio del hombre acaba de descubrir con el sello de la suma perfección.

700 puntos de venta en Madrid, algunos en provincias.

La correspondencia y pedidos se dirigen á la fábrica.

DEPOSITO

DE
TÉS, CAFÉS, SOPAS COLONIALES,
DULCES DE PARIS
Y OBJETOS DEL JAPON.

SECURSAI,

TUDESCOS, NÚMERO 32.

Las cartas y pedidos se dirigen á la fábrica.

BANCO DE PREVISION Y SEGURIDAD.

Presidente: Excmo. señor conde del Asalto y marques de Ceballos, propietario.
Vice-presidente: D. Antonio Aparisi y Guijarro, diputado á Cortes y propietario.
Secretario: D. José de Córdova, propietario.
Director general: D. Federico de Salido y Baldes, propietario.

Director adjunto: D. José Mur y Vilanova, abogado y propietario.

Capital ingresado: rs. vn. 26.331.135 07.
Esta compañía es la única en su clase que excluye terminantemente de sus estatutos toda operación basada en el crédito personal; coloca su capital sobre garantía material positiva; interviene en las operaciones los consejeros; liquidación mensual; admite imposiciones desde 10 rs.; beneficio abonado por término medio, 74 céntimos por 100 al mes, que equivale á 9,38 al año.

Dirección general: Espoz y Mina, 45 (parte nueva.) (N.º 207.—2 p. s.)

Por todo lo no firmado, MANUEL DE TOMAS.

Editor responsable, D. MANUEL DE TOMAS.

Imprenta de Tejado, calle de Silva, núm. 47, bajo

(Núm. 302.—11. 1.—1.)